



LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SEGUNDA SERIE.

ARTÍCULO II.

LA BONDAD Y LA AMABILIDAD.

I.

La bondad se confunde muchas veces con la amabilidad, á pesar de que son dos prendas esencialmente distintas, aunque ambas muy recomendables.

Las dos son necesarias en la vida; empero la bondad lleva no pocas ventajas á la amabilidad.

La bondad emana del corazón y tiene el privilegio no solo de hacer dichosas á todas las personas que amamos, sino de contribuir á nuestra propia felicidad.

La persona que está dotada de verdadera bondad, sufre poco porque es indulgente: sin que se fatigue en buscarlas, halla excusas para casi todos los defectos de los seres que la rodean; y es indudable que hay mucha más dulzura en perdonar que en acusar, porque la persona que se cree ofendida tiene amargado el corazón y ya padece solo por esta causa.

Sin embargo, la bondad tiene ciertos límites, porque sinó degenera en debilidad, cosa fatal siempre, sobre todo en ciertas circunstancias de la vida.

Un padre, una madre pueden y deben ser bondadosos, pero jamás débiles; porque su de-

NOVIEMBRE.

bilidad no solo les hará descender de su sagrado lugar sino que labrará la desdicha de sus hijos.

Como ya os dije en la primera serie de estos estudios, lectoras mías, os presentaré ejemplos verdaderos siempre que me sea posible en vez de hacer os áridas reflexiones; pues todo cuanto se acerca á lo natural, todo lo que es sencillo, conmueve y persuade más que los más pomposos argumentos.

Además, yo escribo un libro de *la mujer* para la mujer en general; y aunque vuestro ilustrado entendimiento comprenda todo cuanto yo os diga, sea en los términos que quiera, tal vez este volumen caiga en manos de otras personas que, por su poco desarrollada inteligencia ó su escasa instrucción, necesiten para distinguir el bien, verle representado en imágenes vivas.

Las que hayais leído la sublime obra de Richardson que lleva por título *Clara Harlowe*, no teneis más que estudiar el carácter de la heroína para conocer la más verdadera, la más bella imagen de la bondad.

No obstante, como esta novela está reputada en general como sobradamente difusa y poco entretenida, habrá muchas de vosotras que no hayan tenido ánimo para leerla y quiero trazaros con breves rasgos el carácter incomparable de Clara.

II.

La hija de Sir Jaime Harlowe, rico señor, aunque no de nobleza muy antigua, era á los diez y siete años el modelo más perfecto de su sexo.

Dulce como un ángel, casta y poéticamente bella, su belleza y su dulzura estaban no obstante llenas de fuego y de expresión, lo que prueba que su bondad emanaba de la excelencia de su corazón y no de las cualidades negativas de su carácter.

Porque viven en el mundo muchas personas que pasan por bondadosas, porque son impasibles, porque su cabeza está vacía ó su corazón helado, ó porque sus cortos alcances las impiden todo raciocinio, y las libran de toda pena en el presente, de todo temor para el porvenir.

Clara Harlowe era una criatura de esas que aparecen pocas veces en la tierra, que la cruzan con paso tan breve y tan ligero que no dejan la mas leve huella de él.

Unia al mas claro y distinguido talento la mas rara bondad y la dulzura mas esquisita; á la mayor sensibilidad la mas angélica resignacion, y su carácter presentaba esa rara mezcla de sensibilidad y de energía que en tan pocas mujeres se ve y que es, sin embargo su bello ideal.

Pero la desdichada jóven tenia un padre duro y rigorista, una madre débil y de cortos alcances, una hermana maligna y envidiosa, y un hermano despótico vulgar y grosero.

Clara era un blanco lirio que habia brotado en medio de un enorme zarzal: este creció y sus ásperas ramas y su maleza erizada de espinas, ahogó á la pobre flor y la dió un doloroso martirio cuyo término fué el sepulcro.

Para colmo del infortunio de Clara se enamoró de ella un libertino sin corazón, y al mismo tiempo sus padres se empeñan en casarla por instigaciones de sus hermanos con otro ente tan despreciable como despreciado por todos á pesar de sus grandes riquezas.

La paciencia, la dulzura de Clara durante la desesperada lucha que sostiene con su familia son admirables: su bondad disculpa siempre á sus padres y hermanos, pero con una firmeza no menos asombrosa se resiste á dar hasta la menor esperanza á su odioso pretendiente: en fin, Lovelace, el amante libertino, se vale de una estratagema, ayudado de un criado que tiene á su devocion en el palacio de los Harlowes y roba á Clara de su casa.

La desdichada es conducida á Londres, donde creyendo que va á vivir con una señora viuda que tiene dos sobrinas es condenada á pasar su vida entre gente que ha perdido enteramente su reputacion.

Los ultrajes de su indigno amante, y por último, el conocimiento de lo que son aquellas mujeres, la obligan á huir de la casa; pero es arrestada por supuestas deudas y conducida á una prision.

Ni aun entonces se abate su dignidad, ni se altera su dulzura: culpase á sí misma de cuanto padece, y su bondad la obliga á disculpar constantemente á sus padres y á sus herma-

nos, á pesar de ser ellos la causa de sus infortunios.

Cuando un amigo del perverso Lovelace, que no obstante su depravacion se duele de su desgracia y de su hermosura, la saca de la prision, Clara está ya herida de muerte: tantas penas, tantas angustias, tan malos tratos habia sufrido, que una fiebre lenta la consumia y una estremada languidez acababa con su vida.

Entonces fué conducida á casa de un honrado comerciante, cuya jóven esposa, buena y benéfica criatura, la habia acogido al huir de la fatal casa á donde la habia conducido Lovelace; pero ya no habia remedio para la pobre Clara que se agostaba como una flor sin sol y sin rocío.

Continuamente leía una carta de su cruel hermana, en la cual la repetia palabra por palabra la terrible maldicion que su padre la habia lanzado al saber su huida del techo paterno; y aquella maldicion perseguia siempre á la desdichada jóven, robándole el sosiego de sus dias y el sueño de sus noches.

Vió, por fin, llegar la muerte sin susto: desde su entrada en la prision habíase negado constantemente á ver á su indigno amante, á pesar de todos los medios que buscó el exasperado libertino.

Preparóse á morir esperando de Dios que su largo martirio podria servir de expiacion á la falta de haber abandonado la casa de sus padres, y entró en la agonía con la dulce paz del justo.

Lo que prueba la rara bondad de Clara es que jamás acusó á sus padres por la violencia que querian hacerla casándola con un hombre á quien aborrecia, no obstante que este inhumano empeño fué la causa de su huida.

Lo que manifiesta su firmeza es que en ninguna de las muchas cartas que les dirigió implorando su perdon y la revocacion del espantoso anatema de sus padres, se confiesa culpable por haber rehusado aquella union, pues sabe bien que usaba de su derecho negándose á ella.

Es muy notable la siguiente circunstancia de la vida, ó mejor dicho de la muerte de Clara: en los últimos dias que estuvo en el mundo, ocupó su tiempo en preparar su ataúd, eligiendo ella misma en la biblia las inscripciones que habia de llevar en la tapa y haciéndole colocar á los pies de su lecho cuando estuvo concluido.

Este rasgo de la fortaleza de su alma, es mas elocuente que cuanto yo pudiera deciros en su abono.

La pobre Clara muere, al fin, sin haber con-

seguido ver á nadie de su familia, escepto á su primo el coronel Mordén, que llega para asistir á su agonía y acompaña su cuerpo al palacio de Harlowe.

En la historia de Clara figura otra jóven amiga suya, Miss Ana Howe, bella también y virtuosa; pero Richardson, sin duda para hacer resaltar mas el sublime tipo de Clara, ha hecho de Ana su contraste, dotándola de un carácter vivaz y atrevido.

Efectivamente, el contraste no puede ser mas perfecto: pero, á pesar de las brillantes dotes del carácter de Ana cuya base es la generosidad, el interés del lector es todo para Clara; lo que demuestra que la virtud preferente en la mujer, su mas irresistible atractivo es la bondad y la dulzura.

III.

Una mujer bondadosa, con un talento muy mediano, tendrá siempre mas simpatías en la sociedad que otra de genio áspero, aunque su inteligencia sea muy brillante y privilegiada.

Aun asentaré otra verdad: la mujer de talento y de gran penetración es mirada en la sociedad con prevención ó con envidia, y tiene que hacerse perdonar el *grave pecado* de poseer dotes intelectuales no comunes á fuerza de bondad, ó de amabilidad al menos.

Porque la amabilidad es la bondad aparente.

Una mujer amable recibe siempre sonriendo á sus amigos, se domina para no manifestarse jamás iracunda, y pone todo su conato en aparecer agradable y graciosa en cualquier tiempo y lugar.

Puede decirse que la amabilidad es una parte integrante de la coquetería, una belleza del carácter.

La bondad es una prenda del corazón.

¡Feliz la mujer que posea ambas cualidades, pues ella será amada de cuantos la traten! Pero de tener la una ó la otra solamente, vale mas mil veces que posea la bondad sincera que la amabilidad córtés.

Porque la bondad unicamente la posee la mujer *buena*: de la amabilidad se sirven muchas personas perversas para encubrir graves defectos.

Yo conozco á una mujer que es bastante antipática á primera vista, pero cuya seductora amabilidad conquista los corazones de las personas que empiezan á tratarla.

Esta mujer reúne en su carácter todos los defectos mas odiosos y en su corazón los mas infames instintos; pero su amabilidad, su dulce cortesía no se alteran por nada y recibe con

la mas encantadora sonrisa hasta á su mayor enemigo.

Sin embargo, quien la trata con alguna intimidad ve al fin que es helada, egoísta, y que hace de su amabilidad una especulación, y, por consiguiente abandona su trato poco á poco, ó le sostiene solo de una manera superficial.

Estas mujeres se dejan ver raras veces sin máscara, porque evitan todo trato frecuente á fin de no descubrir su carácter y de conservar el prestigio que han adquirido en sociedad.

La mujer bondadosa, por el contrario, gana con ser tratada; y en gracia de las excelentes cualidades de su corazón se la perdonan mil leves defectos é inspira una simpatía viva y duradera.

IV.

Mujeres hay también, y por fortuna no son muy escasas, en quienes la amabilidad de su trato y la dulzura de sus modales, son consecuencias de la bondad de su carácter y de su corazón.

¡Cuán encantadoras son esas mujeres! sea cualquiera su edad, todos las buscan y las aman: ni la vejez misma es bastante á destruir el poderoso encanto de la *bondad amable*; lejos de eso, esta es la única coquetería que sienta bien á las canas.

En ninguna parte como en Madrid se halla ese tipo tan encantador: por eso sus mujeres están reputadas como irresistibles.

Muchas veces se vé en un palco del teatro Real á una señora de cabellos plateados y con una elegancia que parece estremada é impropia de su edad á primera vista; pero fijad durante algun tiempo vuestra atención en aquella mujer y poco á poco ireis olvidando que es anciana, y la gracia de sus modales, esquisitamente distinguidos, la benevolencia de su sonrisa, la dulzura de su fisonomía os cautivarán con una fuerza invencible.

Es que aquella dama lleva impreso el carácter de la verdadera bondad, ó que, á lo menos, ha hecho tan perfecto estudio del modo de aparentarla que nadie puede dudar de la que respira su fisonomía, sus modales, su porte todo.

Esa dama dará bailes probablemente, porque la ancianidad, que une la bondad á la amabilidad, gusta de rodearse de juventud, de alegría y de flores: y si en una noche de sarao pudieseis penetrar en los deliciosos salones de aquella dama, no podríais dejar de profesarla al salir la mas viva simpatía al ver el esmero con que procura complacer á todos, su indul-

gencia para los jóvenes, su tacto para toda clase de personas.

Por eso esas mujeres tienen su corte y se ven rodeadas de afectos mas sinceros que la juventud misma: porque los afectos mas durables son aquellos en los cuales entran por poco las ilusiones y que están basados en las prendas del alma y en las excelencias de un carácter bueno é indulgente.

Aparte de la clase elevada y aristocrática en la cual la bondad y amabilidad de la mujer tienen tantas ocasiones de brillar, toda mujer buena y amable halla en su vida, por oscura que sea, medios de hacerse querida por estas admirables prendas en el círculo de sus amigos y, sobre todo en el centro de su hogar que es donde mas se deben apreciar las afecciones, donde estas son mas sinceras y durables.

Pero de la bondad excesiva á la debilidad y hasta á la bajeza la pendiente es tan resbaladiza que la mujer puede bajarla sin sentirlo; y nada ¡ay! nada trae tantos dolores como una imprudente y poco digna debilidad.

Entre los infinitos privilegios del hombre se cuenta el de poder este ostentar esa bondad fuerte que es la mas bella, la que mas atractivos ejerce.

Un hombre, que reuna á un valor á toda prueba una dulce é indulgente bondad, es la obra mas admirable de Dios, porque ha unido en una misma naturaleza la prenda mas heroica del sexo fuerte con la mas dulce del sexo débil.

La mujer debe ser bondadosa con dignidad: una mujer buena dignamente es la obra mas hermosa de la Providencia, porque reúne á lo magestuoso de la virtud lo suave y dulcísimo de la indulgencia.

Enriqueta de Inglaterra, hija del desventurado Carlos I de quien os hablé en mi artículo anterior, hermana de Carlos II el monarca ingrato y voluptuoso á quien nunca pudo amar el severo pueblo inglés, y esposa del duque de Orleans, era la mujer mas amable de su tiempo, *la mas adorable, la mas adorada*,—como dice Bosuet:—sin embargo, Enriqueta, lejos de ser bondadosa dió pruebas inequívocas de una gran perversidad de corazón: sus amores con el rey Luis XIV su cuñado, fueron, no el escándalo de la Francia, porque la Francia de aquella época no se escandalizaba de nada, pero sí el tormento de la buena, de la dulce, de la angelical María Teresa, princesa sin ventura á quien arrancaron del palacio de nuestros reyes para que fuese á morir de dolor en el tálamo del rey de Francia.

Si Felipe IV de España hubiera podido prever que la princesa de Inglaterra habia de

ir á Francia, jamás hubiera concedido á su hija en matrimonio á Luis XIV.

El coquetismo de Enriqueta estribaba, mas que en su belleza, que era muy mediana, en su amabilidad: pero sabido es que las mujeres muy bellas jamás han inspirado pasiones violentas, y que aquellas cuya hermosura ha sido insignificante ó negativa han hecho nacer amores frenéticos que muchas veces han ido mas allá de la tumba.

“La duquesa de Orleans —dicen los historiadores de aquel tiempo— no era hermosa ni aun linda: de pequeña estatura, su excesiva delgadez la impedía ostentar perfección ninguna en su persona: era pálida y trigueña: tenía la boca grande, la nariz levantada, los ojos garzos y rasgados: sus soberbios cabellos rubios la envolvían con un manto de seda, cuando estaba en el tocador, y por eso dejaba para esta hora al recibir á todos aquellos á quienes queria atar al carro de sus triunfos.”

Esta princesa hizo infinitas víctimas con su amabilidad y su dulzura, encendiendo pasiones que labraron la desdicha de muchas jóvenes amantes y sencillas, de muchas esposas tiernas y ejemplares: en cambio jamás enjugó las lágrimas de una mujer infeliz.

Por eso, toda la juventud guerrera y cortesana de Francia, adoraba á la duquesa de Orleans y llevaba sus colores; pero ni una madre, ni una esposa la bendecía al verla pasar.

Cuando la reina Maria Teresa salía con una de sus damas á dar un paseo solitario, las mujeres seguían su carroza y la aclamaban como á un ángel.

Es verdad que ningún hombre miraba á aquella joven, pálida y triste; que ninguno reparaba en la hermosura de sus ojos, siempre empañados por el llanto, en las gracias de aquel lindo rostro, siempre melancólico; pero las bendiciones de las ancianas y de los niños á quienes socorría llegaban en coro al trono de Dios.

Por eso Enriqueta murió á impulsos de un veneno, administrado por los celos ó por la ambición.

Maria Teresa murió porque Dios la llamó á sí creyendo indigno al mundo de poseerla, y murió sonriendo y en brazos de su antes tan ingrato esposo.

Luis XIV se apartó del cadáver deshecho en llanto y dejando escapar estas palabras que pintaban fielmente la amargura de sus remordimientos:

—Su muerte es el primer dolor que me ha causado!

La bondad de Maria Teresa era magestuosa y digna: jamás la oyó nadie quejarse del aban-

dono en que su esposo la tenia ni de los estravios de este.

Preguntándola su confesor, cercana ya á morir, si no habia amado á otro hombre que á Luis XIV ó si en la corte de España habia llamado alguno su atencion, contestó con tanta naturalidad como dulzura:

—¿Cómo habia de amar á ningun hombre en España, si no habia mas rey que mi padre?

Esta respuesta pinta, mejor que nada su carácter verdaderamente augusto; pero endulzado por la mas esquisita bondad.

Concluiré este artículo encargándoos, lectoras mias, que no confundais la *amabilidad* con la *bondad*: la primera es casi siempre exterior; la segunda es emanada del corazon y de la belleza y dulzura de los sentimientos.

La amabilidad es la apariencia de la bondad cuando esta no existe; por consiguiente, puede decirse que es un tributo que se la rinde.

La amabilidad conquista homenajes y admiracion.

La bondad conquista afecciones.

Si quereis, empero, ser amadas y admiradas, procurad reunir á la bondad, esa angélica prenda del alma, la amabilidad, esa hechicera coquetería de la buena educacion, ese encanto que es una de las pocas cosas útiles que enseña el trato del mundo.

FIN DEL ARTÍCULO SEGUNDO.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

CARLOS EL DE LAVAPIES.

I.

Como es Carlos tan sensible
y es tan insensible Inés,
él está muerto por ella
y ella no hace caso de él.
Muchachas hermosas tiene
el barrio de Lavapiés
y á Carlos que es buen muchacho,
pocas miran con desden;
pero dice el pobre Carlos
que si no le quiere Inés,
en el mundo las muchachas
están demás para él.
Todos los dias el pobre
trabajando en su taller
á cada instante se acuerda
de su ingratitud cruel,
y se le saltan las lágrimas
sin poderlas contener.
Sus compañeros se burlan
cuando así llorar le ven,
pero de sus burlas Carlos

poco caso suele hacer.
pues por una mujer llora
y Carlos sabe muy bien
*que no es delito en un hombre
llorar por una mujer.*

II.

—Muchachos, dice el maestro,
fuera cepillos, y á ver
las novias." Y alegremente
abandonan en tropel
oficiales y aprendices
la herramienta y el taller.
Mariquita espera á Antonio,
Dolores espera á Andrés,
Juana á Pepe, Antonia á Paco,
Rosa á Gil, Petra á Miguel;
pero ay Dios, al pobre Carlos,
¿quién le está esperando, quién?
Ayer le dijo el maestro:
—Desde primero de mes
trabajarás de oficial,
porque te portas muy bien;
mas no tiene el pobre Carlos,
como otros, una mujer
que por tan buena noticia
un buen abrazo le dé!...
En lugar de consolarse,
llora pensando en Inés;
mas no se avegüenza de ello,
pues Carlos sabe muy bien
*que no es delito en un hombre
llorar por una mujer.*

III.

Vá á casa por la guitarra
y encontrándose al volver
con sus compañeros, todos
con su guitarra tambien,
un lazo color de rosa
en cada guitarra vé,
un lazo, regalo de una
enamorada mujer...
un lazo en cada guitarra
y la suya está sin él!...
Qué triste va el pobre Carlos
hacia la reja de Inés,
y con qué acento tan triste
canta de la reja al pié:
"Asómate á esa ventana,
lucero de Lavapiés,
que mis ojos están tristes
cuando los tuyos no ven.
Yo soy un pobre artesano
y aunque no tengo bombé,
tengo para tí, morena,
un corazon de marqués."
Así cantó el pobre Carlos,
pero inútilmente fué,
pues á escuchar sus cantares
no salió á la reja Inés.
Entonces... calló un instante,
pero volviendo á tañer,
se alejó de allí cantando,
ó suspirando mas bien:
"Llorad, mis ojos, llorad,
llorad, pues teneis por qué,
*que no es delito en un hombre
llorar por una mujer.*"

IV.

—Maestro, he caído quinto,
y como hoy mismo tendré
que entrar en caja, venia
á despedirme de usted.
—Muchacho, qué es lo que dices?
No saldrás de mi taller,
que los buenos artesanos
están mal en un cuartel.
Toma y pon un sustituto,
que ya hablaremos despues.
—Mil gracias, señor maestro,
pero...

—Qué?
—No puede ser;
me voy soldado.

—Muchacho,
haz lo que te venga bien;
pero á que vas á la guerra?
—A morir por... Isabel.
Y el pobre Carlos entonces
se despidió del taller,
y al pasar junto á la reja
de la desdenosa Inés,
se le saltaron las lágrimas
sin poderlas contener.
No faltó un alma de hiena
que allí se burlara de él,
pero por Inés lloraba
y sabia el pobre bien
*que no es delito en un hombre
llorar por una mujer.*

V.

Como Carlos no tenia
padre ni madre, ni quien
le consolase al partir
para nunca mas volver,
estaba solo en su cuarto
pensando en la ingrata Inés,
y decia:—Entre morir
por una ingrata mujer,
ó una reina agradecida,
por mi reina moriré;
que del que muere por ella
nunca se olvida Isabel.
Guitarra con que cien veces
junto á su reja canté
mi amor y mi desventura,
¡tú debes morir tambien!"
E hizo astillas la guitarra
contra la dura pared!
Luego, partió y los vecinos
no le volvieron á ver;
mas dicen que al alejarse
del barrio de Lavapiés
lloraba á lágrima viva,
y tampoco aquella vez
trató de ocultar sus lágrimas,
pues sabia el pobre bien
*que no es delito en un hombre
llorar por una mujer.*

VI.

Plum, plum! Dios que sarracina
se arma entre Mosen Benet
y las tropas de la reina!

Cuánta sangre va á correr!
Pruurrún!... Descargas cerradas.
La tropa se porta bien,
y eso que hay muchos reclutas
venidos de Leganés.
A ellos! viva la reina!
A ellos! viva Isabel!
—¿Quién es ese buen recluta
que con tal intrepidez
anima á sus compañeros
con el decir y el hacer?
—Es Carlos el madrileño,
Carlos el de Lavapiés!
—Ira de Dios, qué valiente!
Quiere morir ó vencer...
Pero ay! le ha herido una bala!
¡maldita de Dios amen!
Pobre recluta! ha espirado
dando vivas á Isabel,
y ha derramado dos lágrimas
su último aliento al perder;
pero esas lágrimas tristes,
¿por quién han sido; por quién?
Fueron por Inés? No importa
aunque fueran por Inés,
*que no es delito en un hombre
llorar por una mujer.*

MELANCOLIA.

I.

Ya en la empinada cumbre
del Guadarrama,
no dan nieves y brumas
tristeza al alma;
ya están las nubes
sonrosadas ahora,
despues azules.

Ya están las arboledas
vestidas de hoja,
ya en árboles y prados
las flores brotan,
ya están de venta
en Santa Cruz á cargas
las azucenas.

Ya bailan á la orilla
del Manzanares
muchachas y muchachos
todas las tardes,
ya echan tonadas
en la Virgen del Puerto,
los de Cantabria.

Ya los calenturientos
van los domingos
á beber á la fuente
de San Isidro,
ya á la montaña
van los que para amarse
no buscan ramas.

Ya abundan en misterio
dulce y tranquilo
la fuente Castellana
y el Buen-Retiro,
y á su espesura
van los que para amarse

las ramas buscan.

Cárlos! todo se anima,
todo se alegra,
todo florece, todo
feliz se muestra;
y al mismo tiempo
yo... ¡de melancolía
me estoy muriendo!

Cárlos, no me preguntes
por qué estoy triste,
pues no lo sé, pues solo
puedo decirte
que ha muchos días
*nada me aflige y tengo
melancolía.*

II.

Cárlos! tú que adivinas
mis pensamientos,
tú que sientes acaso
lo que yo siento,
vé si penetras,
la misteriosa causa
de mi tristeza.

Un tiempo íbamos juntos
mañana y tarde
de montaña en montaña,
de valle en valle,
y eran entonces
tantas mis alegrías
como las flores.

Pero hoy, cielos azules,
sol refulgente,
arboledas floridas,
cantos alegres,
serenas auras
languidez y tristeza
dan á mi alma.

Y en mi corazón, antes
siempre tranquilo,
hay ahora un deseo,
hay un vacío,
hay un perpetuo,
misterioso, inefable
desasosiego.

Almas como la mía,
¿qué sensaciones
pueden echar de menos
entre las flores?

Únicamente
el amor es la que echan
de menos siempre.

El amor! Ya comprendo
por qué mi alma,
se hallaba un tiempo alegre
y hoy triste se halla;
por qué las flores
que alegre me pusieron
triste me ponen!

Falta el amor al alma
que vive amando;
por eso está hoy inquieta,
por eso, Cárlos,
ha muchos días
*nada me aflige y tengo
melancolía.*

ANTONIO DE TRUEBA.

NUEVO MANUAL DE SEÑORITAS.

Del modo de componer los encajes.—Continuación.

66. Se ha de procurar cuando se comience á seguir una nueva línea ó fila de puntos, que la hebra sea bastante larga para que con ella se llegue hasta el fin de la línea, porque como he dicho para los puntos de encaje, no se puede añadir el hilo en medio de los dichos puntos. Así que es necesario que parta del borde ó de la orilla, en donde se oculta fácilmente el nudito, y consiguiente prominencia que su union produce.

67. Si hubiese que componer la *puntilla* del encaje, se coserá una ya hecha de antes, lo cual es mas breve que ejecutar otra nueva. Sin embargo diré el modo de hacerla, porque no quiero en cuanto me sea posible, hacer desear ninguna descripción de esta clase.

Si el borde del encaje está ya tan gastado que no puede sostener la nueva puntilla, se la coserá por el revés á punto de ojal con hilo muy fino, y en seguida metiendo la aguja á la izquierda cerca del último lazo de la puntilla, y sobre el mismo borde, se hará á la distancia comprendida entre los lazos de dicha puntilla un punto que formará un lazo doble mayor que los precedentes, en el cual se pasará dos veces la aguja, y tornando aun á pasarla por tercera vez en el mismo lazo, se la hará dar una vuelta en derredor, que retorcerá el lazo hácia el borde del encaje y le hará mas pequeño. Entonces se sacará la aguja, y apoyando el dedo de en medio sobre la punta del lazo, (detenido sobre el índice) se asegurará dicha punta al borde con una puntada al sesgo hecha, volviendo la aguja de modo que su punta toque á la uña del dedo índice, sobre el cual se apoya. Se apretará fuertemente, y despues se restituirá la aguja á su postura ordinaria, (esto es, la punta en frente de la que trabaja), y se volverá á comenzar otro lazo de *puntilla*, hasta que se haya reemplazado toda la que estaba ya maltratada.

Del arte de hacer tapetes y de trabajar en cañamazo.

1. La tapicería, cuyo uso es tan general, y sus productos á veces son tan brillantes, se compone sin embargo de un solo punto nada mas, y este muy fácil. Digo un solo punto, porque el nuevo punto en *losanges* y *cuadri-*

tos que se ha empezado á introducir de poco tiempo á esta parte en algunas alfombritas y tapetes, es mas bien un punto de bordado que de tapete. Sin embargo, supuesto que la moda le ha dado lugar entre los demás, le describiré á continuacion del de tapiz.

2. El punto pues de cañamazo, llamado tambien de tapiz, no solo sirve para hacer paños de este tejido, sino tambien para marcar el lienzo con algodón de color, y en particular encarnado. Márcase el lienzo haciendo en él una ó dos letras iniciales de los nombres de los dueños para distinguir la ropa, especialmente cuando la trae la lavandera. Como este punto de tapiz suele aprenderse particularmente para este uso, por eso se le ha dado tambien el nombre de *punto de marcar* (1), y siendo por otra parte una operacion de las mas sencillas, empezaré por ella.

3. La primera vez que haya de hacerse este punto de *marcar* (le daremos este nombre hasta que tratemos del tapete ó del de cañamazo, á fin de evitar confusion), ó de lomillo, se tomará un pedazo de tela gorda de cáñamo, porque como su tejido es claro y basto, se pueden contar en ella mas fácilmente los hilos sobre que ha de cogerse el punto. Se le hará á este pedazo un dobladillo á la ligera, para que no se deshilache y se enrede y rompa el algodón con que se trabaja, y prevenida una aguja enhebrada con hilo ó algodón de color, con su nudo á la punta, se hará del modo siguiente:

4. Colócase el cañamazo sobre el índice izquierdo, se asegura sobre dicho dedo con el pulgar y el del corazón de la misma mano, y se clava la aguja de modo que el nudo quede por debajo.

Ya se sabe que todas las telas, y en general los tejidos no cruzados, están formadas con cuatro hilos entrelazados, los cuales se cortan sucesivamente en ángulos rectos, pues en estos cuatro hilos es en donde se ha de cruzar este punto; luego que se saca la aguja por debajo entre los hilos, se ha de hallar precisamente cerca de alguno de los puntos en que los hilos se cruzan, así que para hacer este punto de *lomillo* ó de *marcar*, despues de haberla sacado, se la vuelve á meter mas allá de estos dos hilos, de modo que la hebra los cruce á su vez y corte así el punto de interseccion. Entonces pasa por dos de los cuatro ángulos que forman los hilos. Sácase otra vez en el parage en que forman un tercer ángulo,

y se mete por cima del cuarto ángulo, de manera que la hebra cruce á la vez los dos hilos de la tela y el primer punto. Esta operacion dará por resultado un punto en cruz, sobre cuatro hilos entrelazados, ó mas bien dos cruces formadas, la una por la hebra, y la otra por el tejido de la tela, y dispuestas de suerte que los brazos de la una pasen por el intervalo de los brazos de la otra; de modo que á no ser por la diferencia de los colores y de la clase de hilos, seria una estrella de ocho rayos. Los hilos que forman los ángulos deberán dividirse para quitar toda confusion en hilos de longitud é hilos de latitud, ó mas claro, hilos á lo largo é hilos á lo ancho, con respecto á la tela; bien que si la tela se tiene á lo ancho, los hilos de longitud aparecerán á lo ancho tambien.

5. Cuando se han vuelto á coger á la derecha los hilos al ancho, podemos decir que está acabado el punto de *marcar*; pero como seria preciso, si se sacase de pronto la aguja junto á estos hilos, comenzar de nuevo á pasarla bajo de los dos hilos del ancho que subsiguen, se cogen á un tiempo tanto los hilos que terminan un punto como los que principian otro. Despues se pasa á colocar la aguja junto á los dos hilos á lo largo, y por bajo de los dos hilos á lo ancho hácia la izquierda segun dije, y como estos hilos siguen inmediatamente al punto anterior, resulta que los de *marcar* parecen cojidos los unos en los otros. De este modo se continúa siempre que hay que hacer una línea de puntos no interrumpidos.

6. Con dicho punto se hacen todas las letras del abecedario y aun las cifras, y para ello basta verlas trazadas en un dibujo, ó hechas en un cañamazo ó angeo. Imítanse contando los hilos y las combinaciones de los puntos que forman las letras, y repetida la operacion dos ó tres veces, ya se hacen sin modelo. Yo remito á mis lectoras á estos modelos ó diseños y á los dibujos; pero antes quiero, para que no se hallen confusas, enseñarlas cómo se han de gobernar para romper la uniformidad de la línea recta de puntos, y dejar en medio de estos los hilos sin cubrir. A este efecto explicaré cómo se forma la I, que entra en la formacion de la mayor parte de las letras; como en la B, la D, la F, la H, la L, la M, la N, la P, la R y la T.

7. Hé aquí pues el modo de marcar la I. Despues de haber hecho un medio punto á la izquierda, es decir, despues que se hayan tomado los dos hilos al ancho, y que ya se disponga á cruzar y acabar el punto, se cojerán tambien los dos hilos al ancho de la derecha, de donde antes se habrá sacado la aguja. Pe-

(1) En España se llama comunmente *punto de lomillo*.

ro en lugar de volverla á sacar despues mas allá de los dos hilos que siguen al ancho junto á los dos hilos longitudinales, ó á lo largo cruzados ya, se la sacará un poco mas allá de los otros dos hilos al ancho, y de los dos hilos á lo largo que están á un lado sobre la derecha, cuyos dos hilos á lo largo se dejarán, y se partirá á hacer otro nuevo punto á derecha. Este segundo punto se hallará paralelo al ancho con el primer punto, de que estará separado por los dos hilos longitudinales que se han dejado entre ellos, y dicho segundo punto se hará segun el método ordinario, es decir, tomando al cruzarle los dos hilos situados debajo: y los hilos paralelos á estos, harán que se abracen por debajo de los dos primeros puntos los hilos longitudinales ó á lo largo que se han dejado entre ellos. Luego se hará un segundo punto sobre estos hilos, y despues se comenzará otra vez la maniobra que produjo los dos primeros puntos. Comiéncense dos puntos á lo largo, y despues otros dos á lo ancho con una separacion de dos hilos longitudinales, segun ya se ha hecho dos veces, y con esto quedará rematada la I.

8. Si hay que hacer ó marcar cualquiera otra de las letras que hemos puesto arriba, se comenzará por la I, y despues se añadirán puntos por el órden que indique el diseño ó dibujo, ó bien el modelo en tela basta, á que se da el nombre de *marca* ó *marcador*, y en España *muestra* ó *abecedario*. Las demás letras casi todas constan de puntos á lo ancho con separacion de dos hilos. Por lo cual, reduciéndose á lo que acabamos de explicar cuanto hay que decir del arte de marcar, pasaremos á lo que propiamente pertenece á los tapetes.

9. Comprende pues este arte de hacer tapetes: 1.º el tapete de piés ó alfombrita: 2.º la tapeta para muebles: y 3.º el tapete floreado.

A fin de no detenerme en medio de la descripcion de estos tres objetos con menudencias accesorias que interrumpen la narracion y perjudican á la claridad, espondré aquí lo que tengo que decir acerca de los puntos que últimamente se han introducido en la tapicería ó cañamazo.

10. Estos puntos forman *cuadros* ó *cuadros*, y *losanges*. En el primer caso se toman cuatro ú ocho hilos en todos sentidos, esto es, tanto en largo como en ancho, segun la magnitud del cuadrado que queremos hacer, y estos hilos se cubren por lo ancho de derecha á izquierda, por medio de un punto largo, que como en el pasado, abraza la tela tanto por encima como por debajo.

(Se continuará.)

NOVIEMBRE.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Pereza Diligencia.

CUARTA PARTE.

(CONCLUSION.)

V.

LEON COLIFICHET.

"Las mujeres le temian
y le llamaban "el vándalo"
mas á pesar de su escándalo
las mujeres le querian."

ROMANCE ESPAÑOL.

Leon Colifichet, hijo bastardo de un militar del imperio que le habia negado su nombre, y de una *poverina* italiana, despues de rodar de campamento en campamento en brazos de su pobre madre, quedó abandonado en Waterloo donde la infeliz perdió la vida atropellada por un piquete de caballería que militaba á las órdenes de su infame seductor.

La belleza de Leon, su ingenuidad y su horrible abandono despertaron la caridad de una compasiva cantinera, que cediendo al primer impulso de su generoso corazon adoptó al niño, mimándole, acariciándole y gozándose en prodigarle los nombres mas tiernos, como lo hubiera hecho la mejor de las madres.

Pero Leon tan hermoso, tan inocente, con sus gracias y sus dos años, carecia de apellido, y la cantinera quiso subsanar la falta bautizándole de su propia autoridad con el gracioso apodo de Colifichet (1) que le sentaba á las mil maravillas.

Leon pasó á ocupar su puesto en la cantina entre los pellejos de vino y los barrilitos del aguardiente, y su rosada lengüecilla empezó muy luego á repetir con el mayor candor las frases mas obscenas de la soldadesca.

La restauracion, que trajo por entonces la paz, obligó á la cantinera y á su hijo adoptivo á trasladar sus reales á Paris, donde la buena mujer, además de seguir con su cantina, pres-

(1) Jugete.

85

taba dinero á rédito en pequeñas cantidades.

Familiarizado el pequeño Colifichet con el trato de los soldados y de las mujeres pérdidas, compañeras habituales de los primeros, llegó á la edad de ocho años sin saberse per signar, sin haber oído misa una sola vez, pero versado en el estudio de todos los vicios, de cuyo obscuro diccionario ignoraba el hermoso niño poquísimas frases.

La cantinera, conocida por la Picarde, era generosa y compasiva como el que mas, pero no podia menos de conocer que su hijo adoptivo manifestaba excelentes dotes para concluir en poco tiempo con sus pequeños ahorros; cínico y desvergonzado Colifichet, era sin embargo elegante por naturaleza, y sus manos blancas y perfumadas, su escasa delicadeza para la ropa blanca y su maravillosa comprensión, no dejaban conocer á primera vista al pobre huérfano de Waterloo.

Activo é inteligente, aprendió muy luego toda esa inmensa coleccion de conocimientos frívolos, barniz social por decirlo así, que abre al hombre un ancho campo en la difícil carrera del mundo, y le hace parecer un gigante á los ojos de los crédulos y de los ignorantes, á los que deslumbra y seduce con sus brillantes y apasionadas frases.

La Picarde veía, como hemos dicho, menguar sus fondos, y al poco tiempo los estudios de Colifichet habian ya consumido el pequeño capital de la cantinera, que se vió con dolor obligada á suspender sus operaciones de crédito.

Pero la pobre mujer estaba tan orgullosa con su Leon que apenas recordaba de vez en cuando los buenos tiempos en que una pieza de cinco francos le producía dos francos al mes, y se quedaba estasiada ante aquel hermoso jóven que habia recogido niño en Waterloo envuelto en una bandera hecha girones, y era en el día el asombro del pais Latino (1).

Su letra gallarda, sus maneras distinguidas y elegantes, su actividad para los negocios, y sobre todo su lenguaje gracioso y seductor llamaron la atencion de uno de los comerciantes mas acaudalados de Paris, y Colifichet se encontró á los diez y siete años comisionista principal de una de las primeras casas de la capital de Francia.

El gozo de la Picarde al escuchar tan deseada nueva solo puede compararse con el que experimentó el jóven huérfano que habia mirado siempre como una de las posiciones mas

envidiables, la del alegre, escéntrico é independiente Commis-voyageur (1).

Leon encontró en efecto en su nueva ocupacion todas las ilusiones que habia forjado; comisionista de telas ricas y delicadas, pudo á poco precio ser el tipo de la elegancia y de la novedad. Tramposo y sutil por escelencia se buscó en las trabacuentas un medio de satisfacer sus caprichos, y finalmente, encargado de viajar por Francia, España é Inglaterra se familiarizó con las lenguas vivas que habia ya estudiado en Paris, y fué en todas partes, merced á su hermosura y á su *«bon esprit Français»* la novedad del día, el verdadero colifichet de las mujeres de moda.

Leon que habia trocado la *e* en *i* y se hacia llamar *«Lion»* estaba muy versado en la literatura moderna, dibujaba preciosos paisajes, era jugador consumado, galante con exceso, furioso por las divinidades de teatro, reñidor, frívolo, exagerado, gracioso y simpático como ninguno.

El único vicio de que no adolecía era la embriaguez. Mecido entre los vapores espirituosos de la cantina, casi asfixiado por ellos, tenia cierta aversion á todos los licores de poco precio y no mucha predileccion por los mas escogidos: sin embargo, esclavo de la moda, habia logrado acostumbrarse á beber algunas copas de champagne sin tambalear; porque ¿cómo podia un jóven Lion, negarse á brindar en una mesa de ceremonia con el vino mas aristocrático de la vieja Europa?

Leon viajó tres años sin ver á su madre adoptiva mas que algunos dias de tarde en tarde, y á los veinte años volvió á Paris, resuelto á descansar seis meses al lado de la cantinera para volver á emprender de nuevo sus viajes por el extranjero.

Pero en vano cruzó Leon dos y tres veces la calle del Infierno donde estaba situada la cantina. La Picarde habia muerto hacia algunos meses, y su cuartito desfigurado con dos nuevas puertas, estaba á la sazón ocupado por una de las innumerables peluquerías que se ven en todas las calles de Paris.

Cediendo á un sentimiento de gratitud hacia la memoria de su bienhechora, quiso Leon despedirse de su antigua morada, y entrando en la peluquería se sentó en una butaquilla, y ordenó al maestro que le rizase los cabellos.

El peluquero, por rara casualidad, se hallaba solo. Era un jóven como de veinte y cuatro años, moreno, pastoso, cachazudo como un galápago y con unos brazos que le colga-

(1) "Latino" barrio habitado generalmente por prostitutas elegantes.

(1) Viagero comisionista.

ban de los hombros como dos péndulos. Por lo demás, era el peluquero de las coristas del teatro de la Opera, á quien sus alegres parroquianas, aprovechándose de que el buen Juan Sauci habia estado un año en España le habian bautizado con el gracioso nombre de „Juan el Salado.“

Juan el Salado, despues de haber respondido á todas las preguntas de Leon con un simple encogimiento de hombros y de haberle asegurado que no tenia la menor noticia de la señora Picarde su antecesora, empezó por encomiar su clientela de teatro, hizo luego la descripcion detallada de todas las coristas, y logró entretener á Leon de tal manera, que cuando este recordó que habia entrado allí por curiosidad ya iban trascurridas cerca de dos horas.

Pero Leon acababa de hacer un descubrimiento importantísimo. Juan el Salado, joven poco despierto y con entrada franca en las interioridades del teatro, era todo lo que él podia desear en el momento de verse libre de la buena Picarde, que al fin y al cabo era siempre un estorbo para sus calaveradas.

Así fué que resuelto á sacar todo el partido posible del pobre y dócil peluquero, halagó su vanidad de artista (como se denominaba siempre Juan el Salado) le encargó que le buscara una habitacion cerca del teatro de la Opera, y le nombró con insolente pedantería su ayuda de cámara con el sueldo de diez francos mensuales, nombramiento que acogió el Salado con orgullo, porque era el infeliz uno de esos bienaventurados cuyas ambiciones se satisfacen con muy poco.

Merced á la recomendacion de Juan el Salado que puso á su protector en las nubes, Leon se encontró en el pleno goce de su pasion favorita. Mimado y adulado por las damas de teatro, tomaba parte en todas las intrigas de bastidores, se ganaba la voluntad de las coristas con razones de Macasar y de patchouly, asistia al tocador de las premieres amoureses (1) á las que brindaba cosméticos deliciosos y llevaba el compás en los ensayos, uo saliendo del escenario hasta que lo verificaba el director.

Los diez francos de Juan el Salado le producian ciento por uno.

Brillaba entonces entre las coristas del teatro de la Opera Maria Fleurette, joven huérfana de quince años aunque representaba mas de veinte, loquilla como unas castañuelas, y que un tanto escéntrica se habia cortado sus ca-

bellos castaños, dejando al rededor de su pequeña é inteligente cabecita una hermosa hilera de sedosos bucles que le daban cierto aire gracioso y casi masculino.

Leon se hallaba en el escenario como el pez en el agua; era el amigo de todos los galanes, hacia el amor á todas las damas, y se embriagaba en aquella atmósfera de armonía, de insomnio y de eternas intrigas de baja ley, sin que su corazon marchito en sus mejores años, espermentase una sola de esas emociones que hacen asomar á los párpados una lágrima de ternura.

Frio, egoista, indiferente como el que en nada cree, Colifichet hubiera visto con serenidad morir á la mas hermosa de las actrices que tanto le seducian, sin que se helase siquiera por un momento la graciosa y eterna sonrisa de sus labios finos y sonrosados, sombreados por un pequeño y almibarado bigote rubio.

Bien fuese realidad, ó bien una ilusion producida por los celos, el director del teatro de la Opera creyó notar alguna intimidad entre Maria Fleurette y el joven comisionista, y sin andarse por las ramas puso á la corista de patitas en la calle.

No era Colifichet de los que rompen lanzas por mujer alguna, y viéndola ya fuera del teatro, ni siquiera se volvió á ocupar de la pobre joven que se veia por su culpa destituida de todo socorro.

Maria Fleurette que estaba en el teatro desde la edad de diez años, y que merced á su amistad con el director de orquesta tocaba medianamente el piano, se espantó al encontrarse libre en Paris. Paris que habia estado reducido para ella hasta entonces á la corrompida atmósfera del teatro de la grande opera.

Dotada sin embargo de una resolucion que no era de esperar en sus pocos años, se decidió á pasar á Italia con una compañía que salió á los pocos dias para el teatro de Turin.

Su gracejo, su inteligencia, y sobre todo su constante buen humor le grangearon la simpatía del primer pintor de la compañía, que se encontró muy pronto subyugado á sus menores caprichos.

Maria Fleurette hábil como ninguna para aprovechar las ocasiones, empezó desde luego á dedicarse á la pintura, con el mismo afan con que se habia dedicado á la música.

Dos cosas preocupaban constantemente aquella alma joven y gastada ya. Maria habia jurado vengarse en todos los hombres que la fortuna pusiese á su alcance, de la indiferencia glacial del hermoso Colifichet, el único á quien ella hubiera podido amar, y abando-

(1) Dama joven.

nar para siempre la azarosa vida del teatro, tan luego como pudiese asegurar una mediana subsistencia.

El teatro había gastado su alma y su físico á la vez; en lo mas florido de su edad María se encontraba atormentada por un horrible padecimiento histérico que debía acompañarla hasta la tumba.

Colifichet continuó frecuentando el teatro, pero el director, que como vulgarmente decimos, había tomado sombra, le dió tan repetidos desaires que el comisionista, á pesar de su insolencia, creyó que debía retirarse del puesto que ocupaba entre bastidores, y volver á pagar su butaca, si quería gozar de las delicias de la grande ópera.

Como era de suponer, apenas se vió de nuevo obligado á costear su asiento, Leon dejó cesante á Juan Salado, y manifestó á su principal que estaba dispuesto á salir de nuevo para el extranjero.

Pasó en efecto á los estados de Alemania y permaneció algunos años en el comercio para el que manifestaba tal habilidad que se hizo uno de los comisionistas mas inteligentes de su época.

Hallándose en Londres con un bonito surtido de géneros, se fugó á los Estados Unidos, llevándose consigo á una jóven inglesa que abandonó en New-York, pasando de allí á la Habana donde se hizo anunciar como hijo de Mr. de Salvandy, ministro de negocios extranjeros en Paris.

El jóven diplomático viajaba de incógnito segun decia, para evitar las imprescindibles molestias de la etiqueta.

Su elegancia, su ilustracion, sus modales finos y distinguidos hicieron creer á los mas en su ilustre procedencia, y el fingido Salvandy se vió obsequiado á porfia por la sociedad mas escogida de la Habana.

Su impunidad se cifraba principalmente en que el cónsul francés había revisado su pasaporte á nombre de Salvandy sin reparo alguno, porque casualmente no conocia al hijo del ministro de instruccion pública.

Pero la verdad es como el sol que disipa las nieblas, y una de esas mil casualidades con que tropezamos á cada paso sin buscarlas vino á poner en el mas amargo ridículo la posicion de Colifichet.

Un opulento criollo que llegaba de hacer sus estudios en la célebre universidad de Oxford, acababa de dejar en ella al verdadero Salvandy, no tan hermoso por cierto como el que tan atrevidamente había usurpado su nombre. El commis-voyageur quedaba despojado de su aureola y despedido vergonzosa-

mente de los salones abiertos al lujo del ministro de Francia.

Con una audacia sin igual Leon se empeñó en sostener siempre que era hijo natural de Mr. de Salvandy, y por mas que su derrota le convirtiese en un objeto de burla, continuó firmándose con aquel nombre, ya que felizmente hasta entonces nadie sabia cual fuese su posicion ni su verdadero nombre.

Pero Mr. de Salvandy había caído de su pedestal para siempre. Luchó por algun tiempo por volver á penetrar en algunas casas si quiera de la clase media, pero su aventura había hecho mucho ruido, y las puertas permanecían cerradas. Entonces descendiendo de escalon en escalon, pero sin perder nada de su elegancia, rodó por los gabinetes de las mujeres de moda, por los talleres de las modistas, y hasta por los clubs de los mulatos donde se reunia lo mas desalmado y abyecto de la Habana.

Ascanio que iba con frecuencia á la capital, conoció en uno de esos clubs á Colifichet, del que supo el verdadero nombre de teatro de la Bonmarché.

Apenas Palmerolles se vió imposibilitado de seguir en Chateau-Fort, Ascanio que no pensaba mas que en apoderarse poco á poco del mando de la Residencia, ideó al instante colocar á Salvandy en aquel puesto, seguro como estaba de que por el oro estaria el francés sujeto á sus menores caprichos.

Una sola idea le embarazaba para llevar á cabo su proyecto, y era el que Magdalena y Salvandy se hubiesen conocido en su juventud. Pero creyó tener bastante dominio sobre ella para retenerla en su gracia, y además la presencia constante de Salvandy en Chateau-Fort no haria temblar á Magdalena temiendo que Ascanio hiciese público su verdadero nombre?

El mulato venció al fin sus escrúpulos, porque si bien se veia obligado á manifestarse apasionado con Magdalena que era en realidad la dueña del ingenio, su amor se había estinguido hacia tiempo, desde que la ambicion había dominado su alma.

Colifichet se encontró, pues, colocado de nuevo en una posicion muy parecida á la que había gozado en Paris en sus buenos tiempos.

Tal era el cajero que Ascanio había presentado á la señora Magdalena de Bonmarché.

FIN DE LA CUARTA PARTE

DE CONTRA PEREZA DILIGENCIA.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

REVISTA DE MADRID.

MES DE OCTUBRE.

SUMARIO.—Espectáculos públicos gratuitos.—Trages de S. M.—Bailes en palacio.—Reuniones y alianzas del gran mundo.—Bailes y matrimonios del mundo pequeño.—Acuerdo de los peluqueros.—El cometa Donati.—Crímenes y desgracias.—El brazalete de esmeraldas.—Teatros.—Carreras de caballos.—Obra notable.

Los espectáculos públicos gratuitos han abundado en el mes de Octubre en la coronada villa.

La solemne apertura de la Universidad central verificada el día primero.

La Exposición de bellas artes.

Las serenatas dadas á SS. MM. la víspera y el día de su santo y cumpleaños.

Las revistas de la guarnición que tuvieron lugar con este motivo.

El cometa Donati.

Las ferias.

Todos estos acontecimientos han llamado la atención de los madrileños y se han atraído una concurrencia numerosa.

Este hecho podría ser un elocuente aviso para algunos empresarios de teatros que no dan, por mas que torturan su imaginación, en la manera de conquistarse el favor del público, que por su parte se halla ya deseoso de honrar con su presencia nuevas funciones que no graven su peculio.

Porque de la apertura de la universidad central ni se acuerdan ya los mismos estudiantes.

Las serenatas solo dejaron un vago recuerdo en el corazón de los amantes de la ópera á cielo raso, que acuden á renovarle todas las mañanas á la plazuela de la Armería mientras se releva la guardia de palacio.

En las revistas de la guarnición admiraron mucho la marcialidad de nuestro ejército; pero todos se olvidaron de ella al desfilar el último soldado.

El cometa Donati se marchó á otra parte con el rabo.

Y las ferias de Madrid, esas pobres, clásicas y deseadas ferias, arrancadas este año de su centro, por orden del Sr. Corregidor, han dejado de existir sin que nadie las haya dedicado un pensamiento cariñoso.

Queda solo la exposición de bellas artes á disposición del público, y eso nada mas los días que no llueve, que por cierto son muy

contados desde que nos abandonó el susodicho cometa.

Los deseos que muchos tienen de admirar las obras de los espositores reprueban semejante medida; deseos muy justificados porque la exposición de bellas artes, aunque en ella no figuran obras de los artistas mas célebres, es un verdadero acontecimiento que debe enorgullecer á nuestra patria, pues nos ha dado á conocer multitud de jóvenes de indisputable talento.

Así fué la primera en reconocerlo S. M. que, en compañía de su augusto esposo, asistió á la inauguración que tuvo lugar el día 2 en el elegante salón del Ministerio de Fomento.

Supongo que sereis un poco curiosas, lectoras mías, y que deseareis saber el traje que llevaba S. M. Lucía un precioso vestido de *moirée* azul celeste guarnecido de blondas blancas, un albornoz lindísimo de la misma tela guarnecido tambien de blondas, y un sombrero blanco adornado de encajes negros y cintas azules.

Pero si de buen efecto y gusto delicado era el traje que acabo de describiros, no lo era menos el que S. M. llevaba en el baile que tuvo lugar el día 10 en el real palacio con motivo de su cumpleaños y al cual asistieron las personas mas notables que encierra la corte.

La reina ostentaba un lindísimo vestido blanco, cogido con claveles: el adorno de la cabeza era tambien de claveles y estaba sujeto al peinado con tres estrellas de brillantes colocadas una en la frente y las otras dos en ambos lados de la cabeza: del izquierdo y como desprendido del resto del tocado, caía otro clavel adornado igualmente de pedrería que acariciaba el blanco y torneado cuello de nuestra bella soberana.

La aristocracia madrileña considera este primer baile como un magnífico prólogo de los que S. M. piensa dar en el régio alcázar, y algunas damas elegantes se ocupan ya de preparar caprichosos y riquísimos trages para el segundo que se efectuará el 19 de Noviembre, día de la santa de S. M. y para el tercero que tendrá lugar probablemente el 28 del mismo mes, cumpleaños del príncipe de Asturias.

La vuelta de la señora condesa del Montijo tiene tambien llena de alegría y de animación á la juventud aristocrática madrileña; porque aquella ilustre señora abrirá, así que llegue, sus salones. Durante la ausencia de la condesa se han ejecutado prodigios en su palacio. Sobre el terrado, que antes conducía desde los salones principales al comedor, se ha construido, como por arte de Bosco, una preciosa galería árabe cubierta de cristales, verdadero in-

vernáculo donde irán á guarecerse las plantas raras, las flores magníficas de la quinta que la condesa posee en Carabanchel. El 15 de Noviembre, día de San Eugenio, se estrenará la nueva estancia con el baile que, en semejante fecha, conmemora siempre un fausto aniversario, y después ya no se interrumpirá allí la serie de funciones dedicadas al gran mundo.

La condesa de Galen, la amable y distinguida esposa del ministro de Prusia, próxima á cambiar de alojamiento, anuncia la continuación de sus recepciones de los viernes, que no habia quien no echase de menos el invierno anterior.

La noble y hermosa princesa de Galitzin promete imitar el propio ejemplo, y no será difícil que mistris Buchanan se decida á seguirlo también.

Todas estas reuniones representan.

Un mundo de felicidad para muchas jóvenes.

Otro mundo de satisfacciones para muchas mamás.

Infinitos suspiros para no pocos maridos.

Abundante trabajo y provecho por consiguiente para algunas modistas, sastres y... otros artistas.

Y, sobre todo, algunas notables alianzas mas de las que ya se anuncian:

Una azafata de S. M., la señora de Balanzat, da su mano al Sr. Cayuela, oficial de ingenieros, á quien como obsequio de boda ha nombrado la reina su mayordomo de semana; la señora de Merry, hija de otra azafata, se casa con el señor Mendoza, secretario de la mayor-domía; la señorita doña Matilde Carondelet, hija segunda del señor duque de Bailen, se une al marqués de Mirabel, hijo de los marqueses de Malpica: la señorita doña Victoriana Ibarguén, sobrina é hija adoptiva de los marqueses de Malpica, se casa igualmente con el Sr. don Agustín Pita, hijo del difunto ministro de hacienda de este apellido, y otro bizarro militar como el anterior, el señor don Juan Armada, hijo de los marqueses de Santa Cruz de Ribadulla, se une á una hermana del conde de Maceda y San Roman.

Y no crean mis lectoras que en la coronada villa piensan en casarse y en divertirse solamente los señores que pertenecen á nuestra aristocracia.

El último día de fiesta fuí á misa á una parroquia donde se anunciaron treinta y cinco matrimonios, que se verificarán probablemente sin que los perpetúe la prensa.

En cuanto á las diversiones de la clase modesta, de seguro serán este año tan ruidosas como las anteriores, y desde luego prometen no ser escasas tampoco, pues raro es el día en

que no se anuncia una sociedad de baile que se posiona del jardín de Recoletos, de los teatros de Lope de Vega ó de Tirso de Molina, ó del salón de Capellanes, sin temor de escitar las iras de los venerables señores cuyos nombres llevan estos locales.

Muchos se prometen sacar un gran partido de los proyectados bailes; pero, sobre todo los peluqueros que, al parecer, son hombres que no se paran en pelillos.

Estos *artistas* indispensables, considerando que los comestibles están por las nubes, que el alquiler de las casas es una cosa insoportable, y principalmente que los accionistas de las sociedades de baile, para poner en movimiento sus piés, empiezan por rizarse la cabeza, han acordado por unanimidad en una importante sesión convocada al efecto, y después de una grave discusión y luminosos discursos, que en lo sucesivo, el que quiera tener rizada la cabeza ó cortarse el pelo, pague dos reales en vez de los ocho cuartos y medio, que ahora se exigen por cada una de estas operaciones. En su consecuencia, se ha nombrado una comisión encargada de hacer borrar el antiguo lema de: *se corta y riza el pelo á real*, sin consideración alguna á las quejas lastimeras de los horteras y elegantes pobres de Madrid, los cuales miran esta cruel medida como un castigo del cielo, anunciado por el cometa Donati.

Y á decir verdad que el tal cometa ha dado motivo para que le califiquen de sospechoso las personas que solo juzgan por sus impresiones.

¡Cuántos crímenes, cuántas desgracias ha alumbrado en Madrid!

Ya el hundimiento de un andamio en la casa de moneda que deja sin vida á algunos obreros.

Ya un coche que atropella á un anciano.

Ya un albañil que se cae de una obra.

Ya un artesano que se asfixia en un pozo.

Ya una mujer, oprobio de su sexo, que hiebre á dos hombres.

Ya un desgraciado que por celos mata á otro.

Ya una joven que se envenena.

Ya un pobre zapatero que se arroja á la calle desde su elevada vivienda.

Ya un infeliz, que se suicida por haber robado 12 reales para ir á los toros, al descubrirse su delito.

Ya otro á quien le obliga atentar contra su vida de una manera bárbara la manía de que tenia muchos enemigos.

Oh! La pluma se resiste á enumerar los crímenes, y sobre todo los suicidios, que ha habido estos días en Madrid y que han consterna-

do los ánimos de todos sus habitantes.

No quiero, sin embargo, dejar de enterar á mis lectoras de un funesto acontecimiento que, segun cartas de París, ha ocurrido en dicha ciudad á una noble dama española que acaba de llegar á Madrid en el estado mas lamentable.

La condesa M... riquísima viuda, muy bella y que apenas contaba treinta y dos años, vivia con su hijo Gonzalo que iba á cumplir diez y seis.

Madre é hijo se adoraban; pero la condesa era aun jóven y necesitó de otro amor que llenase su corazon.

Se habia casado á los quince años con un anciano de cabellos de plata y corazon de oro, que la habia hecho muy feliz enseñándola á vivir, segun su conciencia, despreciando las murmuraciones del mundo.

El carácter de la condesa además era independiente, expansivo, y sus sentimientos vehementes se manifestaron con la mas completa franqueza.

Se habia casado en España: en seguida marchó á París, patria de su esposo, y allí dió á luz á Gonzalo un año despues.

El conde creyó volverse loco de alegría: viuido dos veces cuando casó con Elena, habia renunciado á la ternura paterna y recibió á su hijo como á una flor enviada por Dios para perfumar su ancianidad.

La condesa Elena era casi una niña: el amor de su hijo llenó enteramente su corazon, y durante diez años nada echó de menos sobre la tierra pasando su vida en acariciar á su hijo y en prevenir todos los deseos de su anciano esposo.

Este empezó á decaer visiblemente: una enfermedad de consuncion, de esas á las cuales no halla causa ni remedio la medicina, se apoderó de él: feliz y sonriendo, veia demacrarse su cuerpo y caer sus cabellos; y lejos de amargarse su bondadoso carácter con la idea de su próximo fin, solia decir que Dios, cansado de verle en el mundo tan dilatado tiempo, le llevaba á sí, sin pena y sin dolor.

Un dia salió el conde en carruage y rehusó que le acompañase Elena, segun acostumbra; pero quiso que fuese con él su hijo, quien á la sazón contaba cerca de once años.

El anciano dió á su cochera las señas de uno de los mejores joyeros de París, y se apeó trabajosamente á la puerta de su tienda.

Pidió que le sacasen las pedrerías de mas valor que hubiese y estendieron los dependientes un tesoro ante sus ojos.

Las miradas del anciano se fijaron desde luego en un soberbio brazalete de esmeraldas

montadas en oro: la pureza y tamaño de las piedras, su prodigioso número y delicado engaste, hacian de este brazalete la mas rica joya de cuantas habia allí. Formaba una ancha cinta de esmeraldas, cerrada por una estrella de las mismas piedras, en cuyo centro brillaba una mucho mayor que las demás.

El conde entró en ajuste y la compró.

Luego volvió á subir al coche con su hijo y se dirigió á su casa.

—Elena, dijo á su esposa; dentro de dos dias ya no existiré yo: toma este brazalete, última dádiva que te hago y la única que te quedará, pues hace largo tiempo que nada te regalo con el fin de que cuanto te he dado quede consumido antes de mi muerte. Elena, no te prohibo que busques tu dicha en una nueva union; lo que te ruego es que no consientas que las miradas de tu esposo profanen los dones que debiste á mi ternura: si alguno de estos me sobrevive, quémallo ó enciérrallo donde sola tú puedas verlo.

En cuanto á este brazalete, continuó el conde, el dia que te unas á otro hombre entrégalo á tu hijo, que lo guardará en memoria mia.

La condesa no respondió mas que con lágrimas: pero Gonzalo echó sobre el brazalete una mirada ardiente y sombría.

Dos dias despues murió el conde segun habia predicho.

Elena se retiró con su hijo á una casa de campo que poseia en las cercanías de París, y pasó en ella los dos primeros años de su viudez únicamente ocupada en amar á su hijo; y esta vida de intimidad hizo de aquellos dos hermosos seres uno solo, pues sus almas se confundian en una deliciosa é inalterable simpatía.

La condesa volvió por fin á la corte de Francia y bien pronto fué el astro de los salones y la mujer mas de moda: tenia veinte y ocho años, una hermosura sin rival y muchas riquezas.

Desde entonces Gonzalo apareció dominado por una tristeza amarga y sombría: rehusaba acompañar á su madre á las reuniones, y pasaba los dias enteros sentado ante un retrato de su anciano padre.

Llegó por fin la hora de amar para la condesa: el jóven marqués B... conquistó su corazon, que aun permanecía cerrado á las pasiones, y Elena se abandonó á la que habia sabido inspirarle el marqués con toda la delicia de la que la siente por la vez primera.

¡Pobre Gonzalo! ¿Qué era entretanto de él? ¡Ay! ya no pasaba los dias solo sentado ante el retrato de su padre! Pasaba tambien las noches, y á la luz vacilante de su lámpara le

parecía ver animarse aquellas facciones venerables y entrecabirse aquellos labios, que tantas veces habia cubierto de besos.

Elena, ocupada toda en su amor, nada de esto sabia: en una ocasion estuvo ocho dias sin ver á su hijo ni preguntar por él.

En la noche del octavo le ocurrió que podría estar enfermo y voló á su cuarto.

¡Habíase quedado dormido de rodillas ante el retrato del conde, y Elena palideció intensamente al observar el estado de demacracion espantosa de su pobre hijo!

El amor es egoista: tres dias despues participó la condesa á Gonzalo que iba á unirse á otro hombre, haciéndolo con toda la blandura posible y asegurándole que jamás le faltaria su ternura.

—Espero, mamá, que me darás tu brazalete de esmeraldas; fué la única respuesta de Gonzalo.

—El dia de mi casamiento, hijo mio, contestó Elena.

—No; ha de ser ahora, mamá: desde el momento en que sé que vas á tomar otro esposo debe estar esa joya en mi poder.

Elena, asustada al ver la lúgubre espresion de las facciones de su hijo, desabrochó el brazalete de su brazo y se lo dió.

Gonzalo le tomó, le acercó á sus labios, dejó caer en él una lágrima y le guardó en su seno.

Llegó por fin el dia de la ceremonia á la cual no asistió Gonzalo: al regresar de la iglesia, Elena fué á buscarle á su cuarto: la puerta estaba entornada, llamó, y no habiendo obtenido contestacion, la empujó y entró presurosa.

Gonzalo no estaba: penetró en la alcoba y quedó petrificada de horror al verle tendido en su lecho inmóvil y descolorido.

La desgraciada madre se arrojó sobre él; tocó su corazon y no latia! Besó su frente y estaba helada! Fué á tomar una de sus manos, y entonces vió que tenia asido el fatal brazalete de esmeraldas!...

Pero ¡cosa extraña! Faltaban á la alhaja todas sus piedras.

Elena, siempre silenciosa, revolvió por la alcoba sus secos y estraviados ojos: entonces vió sobre la mesa de noche un papel que tomó y devoró ansiosamente con la vista. Decía así:

"Madre mia: hoy me he tragado una á una todas las piedras que componian el brazalete de esmeraldas que te dió mi padre... No he querido ver á otro hombre ocupando el lugar del que me llamó su hijo y robádome toda tu ternura. No he querido tampoco, que tú

volvieras á ver esta alhaja que hubiera encerrado para tí un remordimiento perpétuo, ni he podido dejarla abandonada, porque es para mí una reliquia... he guardado, para el instante en que dieras el sí fatal, la esmeralda mayor, y ella me ahogará librándome de la odiosa carga de la vida. Adios, madre mia! Sé feliz y perdona á tu hijo,—Gonzalo."

La pobre madre no articuló un sonido.

Hace tres dias que ha llegado á Madrid, muda é idiota, de resultados de tan espantosa catástrofe; su nuevo esposo la acompaña y la rodea de los mas afectuosos cuidados.

Pero hablemos ya de teatros.

En el Real se han cantado la *Traviata*, *Sónámbula*, *Lucrecia* y *Hernani*: la compañía en general no satisface completamente las exigencias de nuestros *dilettanti*.

El Príncipe se inauguró con el drama *Vida por honra*, original del Sr. Hartzembusch, y produccion de raro mérito, aunque mas á propósito para saborearla en una detenida lectura que para verla en escena, donde parece un poco lánguida. Despues se ha estrenado tambien en este teatro una pieza en un acto del Sr. Eserich titulada *Géneros ultramarinos*, pero los dichosos *Géneros* eran de tan mala calidad que no han alcanzado la acogida que esperaba su autor. Ultimamente ha hecho su *debut* con la *Vaquera de la Finojosa* la Sra. Llanos de Valentini, á quien hizo justicia el público aplaudiéndola repetidas veces; mas ¡ay! estos aplausos, si han podido alentar á la artista en su carrera, no podrán consolar á la mujer que llora la pérdida de su esposo Don Alejandro de Valentini y Montevechi, conde de Valentini, distinguido pintor italiano que acaba de bajar al sepulcro despues de una larga y penosa enfermedad.

Tambien Teodora Lamadrid ha hecho su salida en la presente temporada con el drama *La madre de Pelayo*, original del Sr. Hartzembusch, siendo saludada por sus admiradores con entusiasmo. En el teatro del Circo se han presentado despues tres novedades: *D. Alfonso el sabio*, drama del Sr. Estrella, que se estrenó la primera noche; una pieza titulada *Erival de charol*, traducida del francés, de escasa importancia; y un dramon en ocho cuartos nominado *El hijo de la noche*, cuyo protagonista lo desempeña un buque.

Novedades, despues de dos piezas traducidas del francés con los títulos de *En paños menores* y *El Novio al óleo*, que obtuvieron un éxito mediano, ha puesto en escena un drama del Sr. Galvez Amandi, nominado *La gratitud y el amor*, y que, aunque bien versificado, carece de interés por lo lánguido de su accion

y por preverse desde el principio su desenlace.

En Jovellanos hemos visto tres zarzuelas: una en dos actos, traducida por el Sr. Larra, con el título *La perla negra*, y puesta en música por el Sr. Vazquez, que puso un humor á los espectadores del color de la *perla*: otra que se llama *Un cocinero*, letra del Sr. Camprodon y música del Sr. Fernandez Caballero, cuyos manjares no han satisfecho completamente al público; y la última, titulada *Un primo*, de los Sres. Frontaura y Rovira, cuyo éxito no ha debido lisonjear gran cosa á sus autores.

El teatro Francés se inauguró por fin el día 23 asistiendo á él una concurrencia tan escogida como numerosa.

En él ví á muchas personas de nuestra aristocracia, que asistieron ostentando magníficos trenes, á las carreras de caballos que se verificaron en la Real casa de campo en la tarde del domingo 17.

En esta fiesta reinó tambien la mayor animacion.

El premio de la Inspeccion general de Carabineros lo ganó el caballo Reneacuala, del Sr. D. Santiago Taibby.

El de 2000 rs. de la sociedad de la cria caballar lo obtuvo el caballo Elena del Sr. Duque de Sesto.

El de 6000, de la misma sociedad, el caballo Moldova del Sr. Duque de Frias.

Finalmente, el del Ministerio de la Guerra se lo llevó el caballo Chispa, que no desmintió su nombre, y pertenece al Sr. Duque de Fernan-Núñez.

A consecuencia del mal tiempo se suspendieron las carreras que debian tener lugar el día 20.

Y á consecuencia de irse haciendo demasiado larga esta revista, voy á suspender tambien mi grata tarea hasta el mes que viene, no sin anunciar antes á mis lectoras que la jóven escritora Doña María del Pilar Sinues de Marco, cuyas producciones conocen ya, va á dar á luz tan pronto como tenga la honra de presentarla á SS. MM., una obra titulada *La ley de Dios*, dedicada á S. A. R. la Infanta Doña María Isabel de Borbon. Este libro, cuya importancia me abstendré de encarecer, porque las personas que saben que soy muy amiga de su autora no crean que le juzgo apasionadamente, encierra diez leyendas basadas en los preceptos del Decálogo, y ha merecido grandes elogios de la censura eclesiástica y de cuantas personas le han leído.

PAMELA.

NOVIEMBRE.

QUERER ES PODER.

¿A qué soy calavera? Dijo á los diez y seis años de edad, Rompelanzas.

Rompelanzas rompió el cristal de un escaparate.

Hizo tocar el pito á un sereno.

Apabulló el sombrero á un ex-ministro.

Bebió una botella de rom.

Echó las tripas.

Se escapó con una bailarina.

Sedujo á un usurero.

Hizo versos.

Toreó á sus *ingleses*.

Perdió al monte lo que no tenia.

Ganó lo que habia perdido.

Comerció con la honra de una familia.

Y fué calavera.

¿A qué soy diputado? dijo á los treinta años.

Rompelanzas se hizo periodista.

Se casó.

Pescó un destino.

Le desempeñó mal.

Cacareó.

Dió un manifiesto.

Hizo que descubria una conspiracion.

Fumó cigarros de regalía.

Dijo tres veces sí y tres veces nó.

Cantó la palinodia.

Y juró y tomó asiento.

Ocurriósele una vez que podia ser sabio.

¿Si sabré yo ser sabio? murmuró.

Empezó por decir que lo era.

Paseó solo y como filosofando.

Compró las odas de *Horacio* en un baratillo.

Habló siempre en tono de sentencia.

Criticó el diccionario de la lengua.

Hizo creer á todos que no dormia mas que dos horas.

Consiguió que se dijera de él: "que escéntrico es Rompelanzas."

Dijo á los que no le conocian: "ya me conocéis."

Y á los que sabian lo que era: "soy Rompelanzas."

Y estos y aquellos decian: "¡es Rompelanzas!"

A los quince dias se le miró con respeto.

A los treinta con admiracion profunda.

A los cuarenta y cinco cundió su olor de sabiduría.

A los sesenta, cualquiera celebridad antigua ó moderna era á su lado un niño de teta.

Tomó en alquiler la palabra *eminente* y no la soltó á dos tirones.

Y fué canonizado.
 Y tomó asiento en la trípode, desde donde
 dirigia desdeñosas miradas á la multitud.
 Mientras que la multitud se envanecía con
 ellas, exclamando Ecce! Ecce!
 Y ya no necesitó mas.
 ¿A qué soy rico? dijo á la cuarta vez.
 Patilla y cruzado.
 Juego á oros.
 Toma y daca.
 Al año era un Creso.
 No tengo títulos mas que en papel de estra-
 za, ni honor mas que en singular, dijo Rom-
 pelanzas un dia.
 No tengo mas cruz que la de mis calzones.
 Quiero que me llamen de otro modo, por-
 que Rompelanzas me disuena.
 Quiero honores.
 Quiero ser hombre de nota.
 Y en un dos por tres se confirmó por en-
 cima.
 Y compró un manto de lance.
 Y se hizo fabricar unas armas de escayola.
 Y añadió á su natural escelente un super-
 lativo.
 Y se divorció de su mujer.
 Y se entusiasmó con su suerte.
 Pero, ¡aquí te quiero ver escopeta! Rompe-
 lanzas reflexionó, aunque tarde, porque ya te-
 nia sesenta años.
 Y se dijo á sí mismo, es menester ser hon-
 rado.
 Es necesario ser feliz.
 Para ello empezaré por dorar la píldora de
 lo que fuí, y suponer que fuí lo que quiero ser.
 Quiso y requiso y volvió á querer.
 Y por casualidad dió un paso por el buen
 camino.
 Pero no estaba acostumbrado á él y trope-
 zó y cayó.
 Intentó levantarse y no pudo.
 Quiso arrepentirse de haber querido andar
 y la codicia le decia: "anda."
 Andaba, aunque mal, y su pasado le grita-
 ba "detente."
 Buscó un cirineo y no le halló.
 Halló un consejero fiel y no le quiso.
 Y perseveró en la idea de perfeccionarse.
 Y maldijo sus devaneos.
 Y su historia política.
 Y sus íntimas iniquidades.
 Y se santiguó muchas veces.
 Y dió limosna.
 Pero el fantasma de sus remordimientos le
 aterraba.
 Y le consumia.
 Hasta que murió.
 La fama le habia sido adusta.

Su mas allá, fué este:

Unos.—Rompelanzas persona ilustre... hom-
 bre célebre, en maldades.

Otros.—Dios le haya perdonado sus crí-
 menes.

La conciencia pública.—Un malvado menos.

.....

 ¡Que me venga á mí Alfredo de Musset con
 que *querer es poder!*

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

CANTO ÉPICO.

A LA BATALLA

DE LAS NAVAS DE TOLOSA.

POR

DON JUAN MIGUEL DE ARRÁMBIDE.

PREÁMBULO.

La Academia de ciencias y literatura del Li-
 ceo de Granada, se dirigió á los poetas espa-
 ñoles en 25 de Junio del año último, invitán-
 dolo á tomar parte en el certámen poético
 que habia de celebrar en el mes de Octubre
 siguiente en los juegos florales, presentando
 como programa al efecto, un canto épico en
 octavas reales á la *Batalla de las Navas de To-
 losa*, y una oda en estancias regulares á la *Es-
 peranza*.

Sin faltar en lo mas mínimo al respeto y
 consideracion debidas á tan distinguida é ilus-
 tre corporacion, nos permitirá manifestar lo
 indeterminado y vago de ambos asuntos, y que
 la Academia no tuvo presente, que la poesía
 épica ó la epopeya ha dejado de existir, como
 lo manifiestan todos los autores, por haber
 desaparecido en el dia sus verdaderas condi-
 ciones, en medio de tantas ciencias, y en la va-
 riedad de trabajos é ideas que produce nues-
 tra complicadísima sociedad, para hacer las
 salvedades necesarias y evitar inconvenientes
 y compromisos en la materia; y la Junta cen-
 soria, de cuya acrisolada suficiencia y legali-
 dad no puede dudarse, no hubiera fulminado
 su terrible anatema al analizar aquellos escri-
 tos, declarando, indudablemente por salir del
 paso y conforme en un todo con lo propuesto
 por aquella reunion, que no adjudicaba el pre-
 mio ofrecido, por no hallar en las obras las
 condiciones de la poesía épica; desentendién-

dose y supliendo con una peroracion admirable, cuanto se produce con relacion á la carencia absoluta de perfeccion que se advierte en todas las obras de esta especie.

Dice Blair que escluir de la clase épica todos los poemas que no están puntualmente formados por los modelos antiguos, es una pedantería de la crítica, y que es un absurdo clasificarlas con la misma precision.

El erudito aleman Heger, dice igualmente en su célebre tratado de Esthética, fol. 284 del tomo 4.º, que en un estado social regularizado y organizado, con una constitucion y leyes positivas; una jurisdiccion que se estienda á todo, una administracion compacta; ministros, consejo de estado, policia, etc., seria enteramente imposible el desarrollo de la accion épica.

Es pues evidente que el canto épico, como quieren llamarlo, á la Batalla de las Navas, no debió y no pudo ser otra cosa que un canto heróico, á semejanza del que escribió el laureado Quintana á la batalla ó combate de Trafalgar, ó Martinez de la Rosa al segundo sitio de Zaragoza, cuyas obritas, sin las perfecciones imaginadas por la Junta, merecieron la aceptacion general.

No obstante, en la presente composicion se ha procurado seguir, en el tono clásico, la doctrina de los maestros del arte, concretándose, empero, por no ser posible otra cosa, á la verdad histórica como Lucano; y presentando al rey D. Alfonso VIII como el héroe ó principal personaje de la accion.

El autor manifiesta con la sinceridad que le caracteriza, que no escribió este opúsculo con la idea de llevarlo á un certámen: conoce demasiado la debilidad de su pluma, para empuñar su obra en cuestiones literarias; su elaboracion no ha tenido otro objeto que el de satisfacer su desmedida aficion á las letras: y si acaso ha visto la luz pública, se debe á su escensiva franqueza y á los esfuerzos de sus buenos amigos y favorecedores.

*Esta victoria la dió N. Señor á la Cruz:
y destruyó Dios el escuadron de los moros
con el cuchillo de la Cruz.*

BLEDA: CRÓNICA DE LOS MOROS DE ESPAÑA.

LIB. 4, CAP. 2.

El triunfo de la cruz canto y la gloria
Por españolas armas conseguida;
El esplendor, el lustre, la victoria,
De aquella noble hueste esclarecida
Que nos presenta la brillante historia,
Por el orbe admirada y aplaudida;
Que humilló la altivez del africano,
Y elevó la grandeza del hispano.

¡Oh tú, inmenso poder! que refulgente
Moras en el espacio luminoso;
Que inspirastes á Homero su estro ardiente,
Y á Virgilio su número poderoso;
Que de Milton ornastes la alta frente,
La del Tasso y Ercilla belicoso,
Haz que mi lira blanda y acordada
Resuene con mi musa concertada.

El solio soberano de Castilla
Por el octavo Alfonso dominado,
Se ostentaba con noble maravilla:
Prudente, activo, intrépido, esforzado,
Desde su firme y encumbrada silla,
Miraba su dominio asegurado;
Vertiendo lumbre pura, hermosa y bella,
Cual en noche sombría clara estrella.

Cuando Mohamed, el bárbaro africano
Que de Bética hollaba el fértil suelo,
Amagaba insensato, altivo, vano,
Despreciando arrogante tierra y cielo,
Al belicoso esfuerzo castellano.
Y en iracundo y codicioso anhelo,
Amenazaba al pueblo que animoso
En Asturias se alzó grande y glorioso.

El estrago, la muerte, la ruina
Intentaba esparcir soberbio, osado,
Por la márgen del Tajo cristalina;
Y á su yugo infernal mirar atado
Su hermoso estadio y su mansion divina,
Su príncipe querido y ensalzado;
Y á Aragon, á Navarra, al mundo entero
Aherrojar en cadenas altanero.

La santa indignacion, el justo enojo
Cundió por la animosa muchedumbre
Que se mostraba con honroso arrojo
En la elevada y eminente cumbre
De su esplendor, que nunca fué despojo
Ni en su fé, ni en su ley, ni en su costumbre
De su odioso enemigo; y que segura
Alzó una nueva España hermosa y pura.

Publicó el reto la parlara fama;
Con estridente tono repetia
El funesto clamor, y ardiente llama
Que en los heróicos pechos difundia:
A todo corazon su fuego inflama:
Elevaba el arrojo y bizarría:
Y reflejaba en todo el vasto imperio
Y en toda la estension de su emisferio.

En la invicta Toledo y suntuosa
Recibió Alfonso la funesta nueva
Que corrió por su pueblo procelosa:
Su espíritu arrogante se releva:
En su imaginacion firme, ardorosa,
Y en su mente impertérrita, se eleva
Aquella insigne y cética arrogancia,
Hija del heroismo y la constancia.

Batió el genio del mal fiero, inclemente,
Las negras alas, y anublado el día
Consternacion y miedo tristemente
En la sencilla turba se estendia:
De Mohamed ensalzaba y de su gente
El esfuerzo y poder que mantenía,
Y su seguro triunfo proclamaba
Y esclavitud y muerte presagiaba.

Perdió el cielo su luz: el campo ameno
Sus flores, su fragancia y su rocío:
Retumbó el estridente y rudo trueno:
Quedó el espacio pálido y sombrío
De fulgor macilento y horror lleno:
Enturbó su corriente airado el río,
Y en sombra melancólica y oscura
Se vió la hermosa faz de la natura.

En su exaltada mente el castellano
Vió en confuso tropel fieros atletas
Que guerreaban con furor insano
Entre nubes y pálidos planetas:
Vió un embrión impuro mauritano
Por los aires vagando: sus trompetas
Con iracundo esfuerzo resonaban,
Y á los aéreos guerreros impulsaban.

Vió en fin aparecer rauda y valiente
Un escuadron angelical y alado
Que á la atrevida masa é insolente
Acometió resuelto y denodado;
Su poder destruyó fiero inclemente
Cuando se alzaba al triunfo deseado,
Y quedó entre celages disipada
La espantosa ilusion ensangrentada.

Brilló de nuevo el sol; su luz divina
Iluminó la trasparente esfera,
Que tornó á su hermosura peregrina;
Cobró su esmalte el bosque y la pradera;
Corrió el agua risueña y cristalina;
Y al cesar la contienda lastimera,
El insigne español respiró airoso
Y se mostró resuelto y animoso.

Con altivo entusiasmo y santo anhelo
Alfonso el estandarte castellano
Tremoló arrebatado por su celo,
Y sus plegarias elevaba ufano
Al Supremo Hacedor, que al patrio suelo
Su auxilio le prestó con franca mano,
Y en su amor celestial se confiaba
Y á las armas su pueblo concitaba.

Ordenó sus airosos escuadrones:
Reforzó con su bélica constancia
Sus tercios, sus lucidos batallones;
El auxilio alcanzó de Italia y Francia;
Convocó sus prelados é infanzones;
Y con noble ardimiento y arrogancia,
A la tiara le pidió ardoroso
Su bendicion y amparo poderoso.

Ella con su doctrina y penitencia
El dominio de Alfonso aseguraba;
Sus preces elevaba á la presencia
Del Supremo Hacedor al que clamaba:
De la cruz adorando la exelencia,
A la cruz la victoria demandaba;
Y con sus repetidas oraciones
La reunion alcanzó de las naciones.

La accion de Alarcos mísera perdida
Quiso lavar el rey airoso, ufano;
Y su fama elevar escarnecida
Y hollada por el bárbaro africano;
Restablecer su autoridad herida
Con desdoro del solio soberano:
Conservar su esplendor y su memoria
Con el claro blason de la victoria.

Se reunió la animosa muchedumbre
En la ínclita Toledo, ansiando ardiente
De la gloria inmortal á la alta cumbre,
Tregar con paso firme y diligente;
Sin recelo, temor ni pesadumbre,
De laurel coronada la alta frente;
Por su Dios y su príncipe lidiando
Hasta triunfar del enemigo bando.

Los francos, los rayanos ardorosos,
Los lombardos y diestros alaveses,
Los bretones resueltos y briosos,
Los ilustres y fieros portugueses,
Los castellanos siempre belicosos,
Y los célebres tercios de franceses,
Formaban con espíritu anhelante
Aquel trozo de ejército arrogante.

Las armas, los emblemas distinguían
A aquellos capitanes animados,
Y en penachos y cintas se veían
Sus blasones y fueros espresados:
Arrogantes é intrépidos lucían
Sus escudos ya rectos ó tronchados,
En torneos ganados á lanzadas,
O en Palestina en bélicas jornadas.

Lleva Garci Romeu y patentiza
Un águila rapante por trofeo:
Peralta un grifo alado que electriza:
Villegas, implacable en su deseo,
Muestra cinco leones en la liza:
Góngora pinta sierpes en su arreo:
Bandas negras los Zúñigas alzaban,
Y verdes los Moncadas las mostraban.

Allí brilló Don Sancho de Castilla
Deudo del rey: Mendoza el celebrado
Arrogante, atrevido, sin mancilla:
Rocaverti, Manrique el alentado,
Que en todo trance por su esfuerzo brilla:
Guillen, Cervera, Moya, Coronado:
Y allí la mitra; el báculo y la lanza
Inspiraban cumplida confianza.

De extranjeros valientes y adiestrados
Reunió noventa mil fuertes peones,
Y doce mil caballos arrojados,
Dispuestos en vistosos escuadrones,
Que á innumerables haces agregados,
De españoles valientes cual leones,
Las católicas armas ensalzaban
Y el triunfo de la cruz aseguraban.

En la margen risueña y espaciosa
Del claro Tajo, Alfonso entusiasmado
Con arrogancia altiva y ardorosa
Por su nobleza y su valor alzado,
Con voz sonora altiva portentosa
Le dijo así á su pueblo congregado,
A sus gefes insignes adheridos,
Y á sus bravos pro-hombres ya reunidos.

"Dignos prelados, ínclitos varones,
Valerosos guerreros, aliados,
Los que lleváis ardientes corazones
Y respiráis altivos y alentados,
Atended mis verídicas razones;
Escuchad mis acentos denodados,
Sabreis el proceder ínciuo y fiero
De un alarbe atrevido y altanero."

"Mohamed, que el rayo de Otoman se nombra,
Y que comanda el beticano suelo,
Cuya saña y crueldad al mundo asombra,
Que siembra destruccion, miseria y duelo,
Ese dominador, que por alfombra
Poner piensa á sus pies la tierra y cielo,
Apresta activo, ufano y ambicioso
Un ejército fiero y orgulloso.

"Por infernal espíritu movido
Amenaza invadir toda Castilla;
Conquistar á Aragon enloquecido,
No dejándole en pie ciudad ni villa:
A Navarra arrasar de rabia henchido
Con la espantosa turba que acaudilla:
Y sus caballos alojar insano
En San Pedro de Roma y Vaticano.

"Rebeldes al Señor, nuestros hogares
Los fieros mahometanos asaltaron:
Cual impuros ladrones, los altares
De los sagrados templos saquearon:
Sufrimos nuestro mal, nuestros azares:
Pocos y unidos de su ardor triunfaron,
La religion alzando y la justicia
Contra la iniquidad y la malicia.

"Siguiendo el estandarte de Pelayo
Los godos contrastaron sus rigores:
Repuestos de su efímero desmayo
Implorando del cielo los favores,
Se lanzaron cual rauda ardiente rayo
Sobre sus atrevidos invasores;
Y la espada y la lanza se blandian
Y muerte y esterminio recibian.

"No les queda esperanza; ni en el suelo
Donde sentar la vacilante planta:
Con estupor, con miedo y con recelo
Sin aliento su hueste se adelanta:
Al empuñar las armas nuestro celo
Al Supremo Hacedor hoy se levanta:
Corramos á la lid, á la pelea,
Cerrar y acometer el sol nos vea."

Se oyó una aclamacion, viva, ardorosa,
Que en repetidos ecos se elevaba
Hasta la altiva esfera luminosa,
Que de claro esplendor se engalanaba,
Y la reunion ufana y animosa
"A las armas" intrépida clamaba:
Y en manos del insigne Don Rodrigo
Juraron estirpar al enemigo.

El agareno en tanto se gozaba
Con la grata ilusion del vencimiento,
Y las altivas cumbres ocupaba
De Muradal con célebre contento:
Los montes Marianos coronaba
De predominio y destruccion sediento,
Amenazando con su ruda mano
Al ibérico solio castellano.

Su numeroso campo lo formaban
Ciento sesenta mil motawatynes:
Trescientos mil almohades se agregaban
De apartadas regiones ó confines:
Negros, cuarenta mil: y allí se hallaban
A guisa de esforzados paladines,
Una reunion confusa y ambiciosa
De gente advenediza y procelosa.

Alfonso la campaña abrió animoso:
De su luciente coselete armado
Esmaltado de azul y oro precioso
Se presentó á su ejército alentado:
En el cinto el acero esplendoroso
Y un broquel de trofeos adornado,
Y una nevada pluma en la cimera
Que ondulaba belígera y ligera.

Acometió con ánimo esforzado
A Calatrava que regia airoso
El bravo Aben-Kades, alicionado
Y en las contiendas diestro y animoso:
Con la lanza y la espada fué alcanzado
Aquel triunfo primero y ostentoso;
Mas en inesperadas disensiones
Se turbó la unidad de las naciones.

La liviandad, el miedo, la falsía,
Se entronizó en los tercios agregados;
Cundió la rebelion y rebeldía
Entre los estrangeros congregados;
Y cuando Calatrava sucumbia
Y el fuerte Aben-Kades, ya los cruzados
El suelo de su patria echaban menos
Y se tornaron de temores llenos.

La desercion y mengua del cristiano
La halagüenia esperanza alimentaba
Del insensato Mohamed, que ufano
En su reunion inmensa confiaba:
Intrépido, atrevido, astuto, vano,
Su triunfo ya seguro proclamaba,
Y siguió en desvario delirante
Su incierta empresa, fatua y arrogante.

Resuelto y orgulloso acaudillando
Aquella tropa estrepitosa y fiera
Iba en su hermosa alfana reanimando,
Mal encubierta su intencion rastrera
Su inquieta multitud, y apellidando
Santa y sagrada aquella guerra artera;
Y su voz estridente se esparcía
Y en fatídico tono repetía:

"Vuestro esfuerzo mostrad, vuestra arrogancia:
Ese enemigo mísero, ominoso,
Que á vuestra vista tiembla, y su jactancia
Quede humillada á vuestro ardor fogoso:
El premio del valor y la constancia
Si vencemos será grande y glorioso:
Mas si somos vencidos, verá el moro
Sepultado su imperio con desdoro.

"En nuestro fuerte ejército se ostenta
La grata union de un pueblo enardecido,
Y el enemigo informe nos presenta,
Aunque en su rabia fiero y engreido,
Una avenida que insensato ostenta
De distinto lenguaje no entendido,
En leyes y costumbres encontradas,
Y en armas y doctrinas no acordadas.

"En discordias impuras divididos
Se ven, y en intereses encontrados:
En su número y fuerza reducidos:
De la estrangera gente abandonados.
Lidiemos animosos y reunidos,
Intrépidos, resueltos y alentados,
Y el paraíso ocupará glorioso
El que logre en la lid su fin honroso."

Alfonso con sus huestes avanzaba
Firme en su fé y en fervoroso celo;
En sus santas creencias confiaba
Y en el fayor y proteccion del cielo:
El injusto abandono despreciaba
Imperturbable, altivo, sin recelo:
Ansiando exterminar fiero, arrogante,
De Mohamed el dominio vacilante.

Corrió hasta Malacon que ganó ufano,
Rindió á Castro-Ferral y Salvatierra;
En Alarcos unióse al soberano
Navarro que ayudaba aquella guerra;
Pasó el Guadalquivir, y ya cercano
Del enemigo, atravesó la Sierra:
Y al paso de la Loza llegó ardiente
Que ya ocupaba la africana gente.

Estrecha y escabrosa se presenta
Aquella senda ó áspera pasada
Al caminante que treparla intenta:
Mas ora por almohades resguardada
Su resistencia y fuerza se acrecienta.
A todo esfuerzo y poderío cerrada,
Allí ofrecian los fieros africanos
Un seguro sepulcro á los cristianos.

Aben-Kades con ánimo severo
Comandaba aquel puesto diligente,
Mostrándose resuelto y altanero
Con sus batallas de animosa gente:
Ofreció rechazar al mundo entero
Audaz, furioso, intrépido, insolente,
Y con tres colas que una pica alzaba
Su potestad y rango señalaba.

Dispuso Alfonso acometer unidos
Aquel paso difícil y arriesgado:
Con sus brillantes tercios aguerridos
Lo esperaba mirar pronto forzado.
Mas fueron contrastados y perdidos
Sus embates que dobla denodado:
Se opuso á su valor y á su experiencia
De los moros la dura resistencia.

Sus bravos capitanes propusieron
Retroceder á sitio mas seguro,
Mas al sabio monarca contuvieron
En aquel arriesgado trance y rudo
Prudentes reflexiones que influyeron
En su resolucion y celo puro,
Y decidió romper con todo empeño
Y del paso fatal hacerse dueño.

Cuando un pastor, jestraña maravilla!
Mal cubierto de andrajos, un camino
Para pasar al llano sin mancilla
Les indicó con rostro peregrino;
Una pasada rápida, sencilla,
Desconocida á toda ciencia y tino:
Y risueño y seguro se mostraba,
Y así con los guerreros se espresaba.

"Soy pastor hace años de esta tierra;
"Donde vivo sin sustos y vagando;
"Las salidas y entradas de esta sierra,
"Conozco mi ganado apacentando;
"Jamás sentí el estruendo de la guerra,
"Mi ignorada existencia disfrutando:
"Siempre guardé mi fé que os asegura
"El mas completo triunfo en la llanura.

"Seguid y encontrareis en el camino,
"De vaca una nevada calavera;
"Que en aquel sitio colocó el destino
"Para que os sirva de señal certera:
"Y al trasponer el monte y el vecino
"Arroyo, penetrad en la pradera,
"Y ocupareis la posicion hermosa
"Que presentan las Navas de Tolosa."

Regocijóse Alfonso, y alentado
Mandó reconocer aquel sendero
Que el triunfo le ofrecia deseado,
Y á su valor tan grato y lisongero;
Y de su realidad asegurado
Y al ver cumplido su deseo primero,
La marcha dirigió por la pasada,
Y á las Navas llegó tan deseada.

Martin Alaja se llamó el villano
Que encaminó al ejército aguerrido,
O fué un ángel del cielo soberano
Por Dios al digno Alfonso dirigido,
El cual premió con libre y franca mano
Aquel hecho sublime y distinguido,
Con orlas y jaqueles, y ostentoso
En Toledo se alzó su busto hermoso.

Siguieron pues en su deseo ardiente,
Atravesando cerros y llanuras,
Hasta llegar al rio transparente;
Treparon por las áridas alturas
Con atrevido paso y diligente,
Por entre frondas, quiebras y espesuras;
Y al feroz enemigo descubrieron
Y la marcha á su vista contuvieron.

Observó el musulman el movimiento
Y el temor aparente del cristiano;
Y al verlo trasmontar con ardimiento
Se creyó vencedor y soberano,
Seguro de su triunfo daba al viento
Su roja insignia, y escribía ufano
A Baza y á Jaen, que los tres reyes
Rendidos quedarían á sus leyes.

Mas vió en seguida impávida altanera,
Aquella inmensa masa desplegarse
Por la cercana cumbre y la pradera
Y una ciudad de tiendas levantarse;
Miró la santa cruz que se venera;
Y al castellano ufano solazarse;
Y lanzó su veloz caballería
Con notable denuedo y osadía.

(Se continuará.)

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.ª FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

(CONTINUACION.)

—No latas, corazon mio; no sientas abandonar por otros sitios mucho mas sombríos

esos fértiles campos que fueron la gloria de mi niñez. Yo entonces tenía una familia que idolatraba en mí; un padre lleno de vida y robustez que consultaba todos mis antojos. Mi padre no existe ya, y yo debo abandonar para siempre estos dichosos lugares. Los reyes tan buenos para mí, tampoco volverán á verme.... ¿Y para qué? ¿no soy por ventura un ser desgraciado para el cual no debe existir la compasión ni el amor?

Doña Ana se retiró bruscamente de la ventana, y así que entró en su cuarto dejóse caer en un sillón. Tenía frente de sí un retrato de Rugier de exacto parecido, y cuando fijó en él la vista exclamó con sarcasmo:

—Oh! me olvidaba de Lauriga, de ese insensato que ha burlado mis mejores esperanzas; pero él ignora lo que es una mujer desechada y herida en su amor propio. Entre tanto, bueno será tomar algunas precauciones.

Diciendo esto abrió el cajón de una mesa, y sacando algunos objetos que guardó cuidadosamente, púsose á examinar varios escritos, que en su mayor parte fueron luego reducidos á cenizas.

—Por si acaso me veo obligada á volver á esta mansión, dijo después de haber terminado aquellas operaciones, bueno será llevar conmigo cuando me marche la llave de este departamento, en el cual tengo siempre un albergue seguro.

CAPITULO X.

A fines de Enero del año de 1305, seis meses después de los acontecimientos que acabamos de narrar, Rugier de Lauriga se hallaba completamente restablecido en el alcázar de los reyes de Aragon.

Catalina y su hermano estaban tambien en Zaragoza, hospedados igualmente en la Aljafería en virtud de los deseos que la reina su prima se habia dignado manifestarles. Aquel día, como todos desde su llegada, Rugier comia con los reyes, y de consiguiente con Adrian y la bella Catalina.

Rato hacia que estaban de sobremesa, y un sello de profundo disgusto anublaba el semblante del jóven capitán. D. Jaime le prodigaba los mas esquisitos cuidados tratándole con gran benevolencia; mas ni aun de este modo lograba hacer desaparecer el pesar que habia tomado asiento en el corazón del jóven Lauriga.

—Sin duda que mi querido Rugier, dijo el rey, está apesadumbrado porque ha recibido la noticia de que su padre se halla bastante enfermo.

—Enfermo vuestro padre? preguntó Catalina dando muestras del tierno interés que el jóven le inspiraba.

—Sí, volvió á decir el rey, está enfermo; mas yo espero que no sea cosa de cuidado.

—Decís eso por alentarme, dijo entonces el jóven con acento conmovido; pero yo por el contrario estoy en la inteligencia de que no he de volver á verle. De todos modos, sea ó no grave su enfermedad, necesito que V. A. me dé su permiso para ir á Barcelona.

—Lo tienes, Rugier, lo tienes; pero debes esperar al encargado de traer nuevas noticias. De este modo podrás acelerar mas ó menos tu viaje. Si tu padre está mejor puedes hacerlo con mayor descanso, toda vez que bien lo necesitas después de haberte quedado tan débil á consecuencia de tu última herida.

—No paseis pena por mí, señor: mayor inquietud y desasosiego experimento luchando como estoy con una horrorosa incertidumbre: no sé por qué se me figura que no he de volver á ver á mi padre.

—No penseis así, amigo mio, murmuró otra vez Catalina con acento cariñoso; quizás vuestro padre esté bien y cuando llegueis á Barcelona lo encontréis bueno.

—Pluguiera al cielo! exclamó el jóven con amargura. Mas ah! la enfermedad de mi padre no tiene remedio, y por eso quiero ir con objeto de cerrar sus párpados y recibir su último suspiro. De otro modo jamás podría experimentar consuelo de ninguna especie, y aun ahora me parece imposible que pueda sobrevivirle.

—El exceso de vuestro cariño os estravió, dijo Adrian. Nosotros tambien hemos perdido á nuestros padres y al fin y al cabo nos hemos consolado.

Los ojos de la jóven Catalina se inundaron de lágrimas al oír á su hermano; y el rey que acaso se hallaba mas conmovido que todos los demás, tomó de nuevo la palabra y con un acento grave y sentido se dirigió á Rugier y le dijo:

—Nunca se prueba mejor ni mas cumplidamente la verdadera índole de los corazones esforzados, que en aquellos trances de la vida en que una desgracia está próxima á caer sobre nosotros. Alzad vuestra frente, Rugier de Lauriga; alzad vuestra frente y oídme con calma y atención: vos habeis sido siempre para mí mas que un vasallo fiel; habeis sido leal y cariñoso como un hijo fiel, y en cambio sabeis que yo he sido para vos un padre tierno y solícito. Sois un valiente, sois un buen cristiano; y en este instante recurro á vuestra fortaleza y á vuestra resignación religiosa.

—Oh! me asustais, murmuró Rugier palideciendo y mirando al rey con fijeza. Este por su parte continuó así:

—He dicho que los grandes corazones se prueban en los grandes trances de la vida. Todos en ella hemos tenido personas á quien amar; pero como no hay nada que sea imperecedero, he aquí la razon por qué Adrian, Catalina, la reina, yo mismo que te hablo en este instante, hemos tenido que resignarnos con la voluntad de Dios y consagrarnos á orar por nuestros padres, toda vez que nos era imposible volverles á la vida.

Rugier tenia el alma pendiente de los labios del rey.

—Oh! exclamó al fin: vos sabeis algo de terrible y me lo quereis ocultar. Sin duda ese mensajero que fué á recojer noticias acerca de mi padre las ha traído infaustas; pero será una crueldad que me lo digais de una vez.

D. Jaime guardó silencio algunos minutos; este silencio no podia ser mas significativo.

Rugier creyó que le prensaban el corazon; se puso sumamente pálido, y de sus ojos brotaron algunas lágrimas que fueron á secarse en sus abrasadas mejillas.

¡Mi padre ha muerto! exclamó lleno de mortal quebranto.

—Ha muerto, sí, respondió D. Jaime haciendo una seña á la reina, la cual se levantó, y dirigiéndose á Catalina que tambien estaba llorando, le dijo:

—Venid, prima mia; la tarde está deliciosa y aun podemos dar un paseo por el jardin.

—Vos las acompañaréis, dijo D. Jaime dirigiéndose al jóven Montalvo.

Habiendo quedado á solas con Rugier, el rey se consagró un buen rato á dar consuelos al apenado capitan; pero era tan grande la angustia de este, que las palabras del monarca iban á perderse en medio del inmenso quebranto que le aquejaba. Solo una vez levantó la cabeza y prestó alguna atencion.

El rey acababa de hablar de Doña Ana de Sobradiel, y este nombre le causó una sensacion en extremo penosa.

—Tendreis en mí otro buen padre, le habia dicho, tendreis una buena esposa en la bella condesa de Cinco-Villas, y la felicidad no se habrá estinguido aun para vos.

—La felicidad! exclamó Rugier; es cierto que vos me honrais mas de lo que yo merezco con vuestra proteccion y vuestro cariño; pero, ¡ah! podeis pensar que esa mujer puede ofrecerme la dicha de que acabais de hablar?

—Cómo! ¿no la amas?

—Hubo un dia en que, fascinado por su hermosura creí que ella podria pagar mi amor

con el suyo y hacerme venturoso; mas hoy es distinto; he llegado á conocer que nuestros corazones se repelen, y que nuestra union seria un infierno perpétuo.

En ese caso, ya sabes que no seré yo quien te obligue á realizarla.

En este momento apareció Adrian en el ingreso del salon.

—¿Qué ocurre? preguntó el rey.

—La reina quisiera que bajáseis á disfrutar los encantos del jardin.

—Sí, dijo D. Jaime satisfecho de que hubiesen adivinado sus deseos; ven, Rugier, dame tu brazo y vamos á pasear un rato al aire libre.

Diciendo esto se apoyó en él familiar y cariñosamente, y los tres llegaron á donde la reina los esperaba en compañía de Catalina.

—Vos, dijo el rey á Montalvo, cuidareis á fuer de galante que sois, de formar un par de ramilletes de hermosas flores para estas damas; y mientras yo hablo con la reina de algunos asuntos importantes, vos, mi querido Rugier, dareis el brazo á Catalina. Sabeis, añadió en voz baja, que esa jóven os salvó la vida: comprendedme como yo os comprendo á vos.

Y hablando con ella un instante recatadamente le dijo estas breves palabras:

—Sufre mucho, Catalina, habladle con dulzura y hareis tal vez un milagro.

La jóven se ruborizó, y tomando el brazo de Lauriga se internaron ambos en una pequeña calle de árboles.

Preciso era, en verdad, obrar un milagro para sacar á su jóven acompañante de la profunda postracion en que estaba sumergido; era preciso recibir el agasajo de un rey y hallarse al lado de una mujer tan hermosa como querida, para no sentir estallar su dolorido corazon. Era tan honda su pena, tan grande su angustia, que durante los primeros momentos sus labios no pronunciaron una sola palabra. Catalina parecia tambien olvidada de la mision especial que el rey le habia confiado: los dos caminaban lentamente guardando un absoluto silencio; y sin embargo el uno sentia que su pena era menos terrible estando al lado del bien querido, mientras la otra se esforzaba por dar principio á la conversacion.

—Si os cansais, dijo al cabo Catalina, podemos volver.

—Oh! no, contestó Rugier; dejadme aquí á vuestro lado en medio de esta soledad augusta, en la que el alma parece que se siente menos oprimida.

—Teneis razon, amigo mio; cuando se su-

fre parece que estamos alejados de todo el mundo: si os estorbo....

—¿Estorbarme? ¿poder estorbarme vos, Catalina? ¿Vos, que habeis sido mi ángel tutelar durante mis horas de agonía, y que al presente sois el único objeto que me hace estimar en algo la vida? Oh! no volvais á decirme eso otra vez: en medio del dolor que me aqueja vuestra presencia es el único lenitivo, el único nuncio de esperanza que el cielo pudiera dispensarme.

—Si no fuera este, observó Catalina con dulzura, uno de los momentos mas solemnes de vuestra vida, creeria que érais vos quien deseábais entretener mi esperanza con semejantes galanteos; porque vos, próximo á enlazaros con la mujer hermosa de este pais....

—¡Callad! ¡callad! exclamó Rugier dando rienda suelta á sus sentimientos; no parece sino que todo el mundo se empeña en atormentarme. ¿Tengo yo acaso la culpa de que vuestro hermano pintase delante de vos á una mujer con los arrebatos propios de un hombre enamorado? Tiempo hace que os expliqué el verdadero estado de mi corazon; os dije que yo no podia amar á esa mujer; y hoy mismo, hace un momento, acabo de repetir estas mismas palabras delante del rey D. Jaime II.

Catalina guardó silencio; pero dejó escapar una mirada llena de ternura y de agradecimiento.

—Ya veis, continuó Rugier, como habeis querido atormentarme hablando de ese enlace que nunca podrá verificarse, porque á ello se opone mi voluntad y el ardiente cariño que os profeso. Tiempo es ya de que lo sepais de una vez, Catalina: yo os amo con toda la efusion de mi alma; vos sois desde que os conocí el ángel de mis sueños y el iris de mi esperanza; sin vos yo no hubiera sobrevivido á mi derrota cuando abandonado de los míos me hallé moribundo bajo el techo hospitalario que vos me ofrecisteis. Desde entonces he vivido para vos, solo he pensado en vos, y ahora mismo que acabo de perder á mi adorado padre llegó á vos diciéndoos con el corazon en los labios: Catalina, amadme ó dejadme morir....

Rugier se habia postrado á los piés de la jóven, y cojiendo respetuosamente una de sus manos estampó en ella un ósculo de amor. La jóven no acertaba á pronunciar una sola palabra; pero su corazon latia con violencia.

—Alzad, dijo al fin con apagado acento.

En este instante aparecieron el rey D. Jaime y su esposa, y Rugier se levantó precipitadamente sin que aquellos se diesen por enten-

didos, aunque habian notado la accion del jóven capitan. El rey sin embargo parecia bastante satisfecho.

—La noche se acerca, dijo, y no es justo que estas señoras estén espuestas á recibir el relente que se va haciendo sentir; veo que ya llega por este otro lado nuestro buen primo Adrian, que se ha convertido en un afanoso jardinero. Traed, añadió recibiendo de manos de Montalvo tres hermosos ramos de flores; este para vos, y se lo entregó á la reina; este para Catalina, y este otro me lo reservo para mí.

Los cinco personajes entraron en palacio sin pronunciar una sola palabra; pero al subir las escaleras, Catalina que iba agarrada de Rugier, sacó de su ramillete la flor que mas campeaba por su hermosura y entregándola á su amante le dijo:

—¿Quereis aceptarla como un fiel recuerdo de mi amistad?

—Decid de vuestro amor; respondió el jóven con acento suplicante.

—Sea, dijo ella; recibidla en nombre de mi amor.

Y una mirada ardiente, conmovedora, una de esas miradas que no tienen explicacion posible pero que todo lo esplican, se cruzó entre ambos, en tanto que al separarse, sus manos se estrecharon fuertemente.

El rey habia dicho verdad: Catalina acababa de hacer un verdadero milagro atenuando en gran parte la inmensa pena que en el ánimo del jóven habia causado el fallecimiento del anciano Lauriga.

CAPITULO XI.

La corte de Castilla se habia trasladado hacia bastante tiempo á la antigua ciudad de Valladolid, y hallándose Ana en casa de Don Lope encubierta en su artificiosa calidad de page, tuvo la astucia suficiente para sorprender á su amo algunos secretos de importancia, razon por la cual se le hizo un tanto temible.

D. Lope, jóven y atolondrado como era, no tuvo reparo en confiar á Ramiro varias comisiones peligrosas, sin pensar que aquellas pruebas de confianza podian encadenar mas tarde su voluntad á la de su astuto y malicioso pagecillo.

Serian las diez de la noche poco mas ó menos, y D. Diego de Haro y D. Lope su hijo se hallaban sentados delante de un escritorio conversando en voz sumamente baja. Despues de una larga conferencia se levantó D. Diego, abrió una papelería, sacó de ella un núme-

ro determinado de medallas de plomo que entregó á su hijo, y acto continuo salió de la estancia con precaucion.

Cuando D. Lope se vió solo, tiró del cordon de una campanilla, y al punto apareció Ramiro.

—¿Te atreverás, dijo D. Lope, á desempeñar una comision bastante ardua y peligrosa?

—Creo, contestó el page, que he cumplido otras por el mismo estilo, y que no habeis quedado descontento de mí.

—Pues bien, toma estas medallas; tienes que ponerlas esta misma noche en manos de otras tantas personas que voy á nombrarte.

—Sepamos.

—La primera es para el infante D. Juan; la segunda para D. Alonso de la Cerda; esta otra para D. Juan Nuñez de Lara; y la que resta para D. Alonso-Perez de Guzman.

—Si mal no recuerdo me digisteis, no sé á qué fin, que tenia vuestro padre otras tantas: ¿podré saber para quiénes son las cuatro restantes?

—Son para Martin Ruiz, mi padre, tio y yo: pero tú no harás otra cosa que entrar de incógnito sin asistir á la entrevista, ó procurarás al menos que no te vean, puesto que nadie te conoce y podrian desconfiar de tu fidelidad.

—Ya os he dicho que no necesito mas que pasar las puertas del convento; despues yo me las compondré como pueda, contestó el page.

A las doce de aquella misma noche Ramiro habia entregado las medallas, y una hora despues él y D. Lope penetraban envueltos en sus anchos ropones negros y cubiertos los rostros con antifaces del mismo color, dentro de uno de los conventos de aquella ciudad, no sin pronunciar antes las palabras *Dios y rey*. En seguida y prévia la entrega que hicieron de sus respectivas medallas de plomo, atravesaron un claustro y penetraron en un salon de un aspecto lúgubre y sombrío que estaba enteramente desierto.

Nuestros lectores habrán adivinado sin duda que allí se fraguaba una conspiracion; y como los conspiradores han gustado siempre de prestar á sus escenas misteriosas todo el aparato pavoroso posible, no tenemos necesidad de añadir que aquel salon estaba preparado de esta manera. De sus bóvedas pendia una sola lámpara que le prestaba una claridad dudosa dejando en la sombra uno de sus testeros, mientras en el otro se habia colocado un pequeño altar con un crucifijo de madera que estaba alumbrado por dos bugías. El resto de las paredes estaba cubierto de negros tapices. Ramiro los examinó atentamente, y

levantando uno de ellos y viendo que cubria una salida secreta ocultóse detrás. De allí á poco fueron llegando los demás congregados, que entre todos eran doce, sin contar algunos frailes de la comunidad que salieron por otra puerta no distante de aquella en cuyo vacío se habia ocultado Ramiro. Todos, como el de Haro, llevaban oculto el rostro, y despues de haber conferenciado algunos instantes divididos en pequeños grupos, tomaron asiento en un número igual de sillas que tenian preparadas. Cerca del altar habia una mesa y tres sillones que ocuparon otros tantos enmascarados.

El que estaba en medio de los tres habló secretamente con el que tenia á su derecha, y que tan pronto como le hubo escuchado, hizo una señal de asentimiento y se puso de pié.

Un silencio sepulcral reinó entonces en el salon, y Doña Ana que permanecia oculta trató de escuchar atentamente.

—Señores, dijo el que se habia levantado; los negocios de Castilla caminan cada dia de mal en peor, y solo Dios sabe si alguna vez hallaremos remedio: los disturbios en el interior del reino; las vergonzosas concesiones que se hacen continuamente los monarcas vecinos, y mas que todo la procaz osadía de los enemigos de nuestra religion santa, están pidiendo á voces que sacudamos nuestro letargo y que obremos con energía y decision. ¿Pero es esto posible mientras tengamos al frente de nosotros quien en vez de lavar tanta afrenta se cuida solamente de satisfacer sus pasiones?....

Un murmullo general sirvió de contestacion á esta pregunta, y el desconocido continuó con voz vibrante animado por las señales de aprobacion que acababa de percibir.

—Digo esto, señores, porque á pesar de las indispensables precauciones que tenemos que tomar confio en la lealtad y en el íntimo convencimiento de cuantos aquí nos hallamos reunidos. Hay empresas arrojadas; hay verdades que queman los labios cuando se pronuncian y reuniones que pueden pagarse muy caras: pero cuando se obra en favor de una causa sacrosanta; cuando nos reunimos con objeto de defender nuestra religion y nuestros mas sagrados intereses, los hombres valientes y honrados deben arrostrarlo todo. ¿Estais vosotros decididos á obrar con ánimo resuelto y enérgica voluntad?

—Sí, respondieron todos á una voz.

—Lo jurais?

—Lo juramos.

—En ese caso la imagen bendita del Señor que acaba de recibir nuestro juramento, sa-

brá castigar al que falte á él, si alguno nos hiciese traicion. Y ahora que todos estais decididos y resueltos, quiero hablaros sin rodeos: es preciso poner orden en los negocios del reino, es preciso poner á raya la osadía de los infieles, es preciso formar una cruzada que nos lleve á la victoria, pero al frente de esa cruzada no puede figurar el rey D. Fernando IV. Hay una persona, tambien de régia estirpe, á quien todos conocemos. ¿Quereis aceptarla por único gefe y soberano de esa cruzada que os propongo?

—Sí, sí, respondieron todos resueltamente.

—En ese caso, continuó el desconocido, presente lo teneis, llegaos y rendidle pleito homenaje; mas no con el rostro encubierto, no con la apariencia del que teme ó vacila, sino con la lealtad y el entusiasmo propios de los hombres decididos; de la misma manera que lo hace ahora D. Diego de Haro.

Diciendo esto el padre de D. Lope se arancó resueltamente su antifaz, dejando entrever sus venerables facciones; un instante despues, todos lo habian imitado.

El hombre que ocupaba el sitio principal de los que habia sentados junto á la mesa, fué el último que se descubrió. Aquel hombre no era otro que el infante D. Juan.

—Gracias, amigos mios, dijo levantándose y dejando entrever en su mirada cierta espresion de satánica alegría.

Bien sabe Dios, añadió con acento compungido, que solo el bien y la prosperidad general me impulsan á secundaros en esta empresa generosa; tambien sabe Dios que en repetidas ocasiones exhorté á mi pobre y querido hermano con el fin de que siguiese otra senda; pero ya no tiene remedio, y aquí me teneis resuelto á sacrificarme en pró de la buena causa.

—¡Infame! murmuró Doña Ana, no sabes tú que al seguir la causa de tu ambicion, sigues tambien la de mi venganza.

Estas palabras pronunciadas con todo el encono y la feroz alegría de que era susceptible aquella mujer, fueron á perderse entre la confusa algaravía que movieron aquellos conspiradores, felicitando al que ya consideraban como su nuevo señor.

D. Diego de Haro que era el alma de aquel negocio, volvió á tomar la palabra y dijo:

—La entrevista que acabamos de tener nos ha servido para ponernos de acuerdo y para fundar sobre sólidos cimientos la prosecucion de nuestra empresa: viendo estoy frente de mí los nobles mas principales de Castilla, y no hay uno solo que no tenga motivos poderosos para estar descontento. Los mismos reve-

rendos padres que se hallan presentes, tienen tambien razones poderosas para estar disgustados; y yo mismo, que siempre fuí leal, me veo casi desposeido de mi señorío de Vizcaya, merced á inicuos manejos.

—Sí, respondieron algunos; la ingratitud del rey ha sido tan grande como nuestros buenos servicios.

La reunion se prolongó todavía durante una media hora, en cuyo espacio de tiempo no hay que decir que el infante se ocupó grandemente del porvenir y futuro engrandecimiento de sus parciales. Todos los pretendientes á una corona puestos en abierta rebeldía, han sido dadivosos como lo fué D. Enrique el de las Mercedes.

Cuando todos se iban retirando, D. Lope se acordó de su page que estaba escondido detrás de los tapicés; mas viendo que era preciso marchar so pena de hacerse sospechoso ó de mostrarse desconfiado, dejó á su servidor que se las compusiera como pudiera, y se resolvió á esperarle en la calle.

Entre tanto el infante permaneció un rato entre los religiosos, entrando luego con ellos por la misma puerta que estaba contigua á la otra en que Doña Ana se hallaba. Así que el hermano del rey estuvo solo con los frailes les dirigió la palabra con mayor libertad.

(Se continuará.)

TEATRO PRINCIPAL.

Los Espósitos, ópera en tres actos.

El Principal ha comenzado á dar señales de vida: ya era tiempo. El miércoles ha puesto en escena la ópera bufa italiana del maestro Ricci, años ha egecutada en el mismo teatro con el título de *Eran due, or sono tre*, y que ahora en la traduccion lleva el de *Los Espósitos*. De esta obra vamos pues á ocuparnos, refiriéndonos á su primera representacion, que es la única por nosotros vista hasta la fecha en que esto escribimos.

Los Espósitos es una ópera bellísima en todos conceptos, y digna de la pluma de Ricci, que en el género bufo se ha adquirido una justa celebridad. El carácter de la música de este autor es tan marcado, que sus obras se parecen extraordinariamente. No diremos que se copia, pero sí que se imita. Sin embargo, como imita lo bueno suyo, se hace oír con un placer siempre nuevo. ¡Qué deliciosa instrumentacion la suya! ¡Qué riqueza de melodías! Aquello es el arte; el arte al que hace tiempo no estaban acostumbrados nuestros oídos, viciados por la ratonera música de co-

sas (que no merecen llamarse producciones) como *El Amor y el almuerzo*, *Diez mil duros*, *La Colegiala*, *Las bodas de Juanita*, etc., etc.

Dijimos que *Eran due, or sono tre* no era nada nueva para este público. Egecutóse en efecto años ha, y alcanzó en su egecucion el grandísimo éxito que merece. Verdad es que estuvo superiormente desempeñada y que ahora ha dejado mucho que desear. Algo de ello podrá corregirse en las representaciones sucesivas, pero nunca todo; porque eso depende en gran parte de la manera con que el absurdo sistema zarzuelesco ha organizado las compañías.

Vamos á probarlo.

Al crearse de nuevo la zarzuela en España, puesto que en efecto estaba olvidada de todo punto, hubo necesidad de echar mano de los elementos que se encontraban al alcance de los que tal pensamiento concibieron y realizaron. La iniciativa, como era natural, partió de Madrid. El Sr. Salas, buen cantante y buen actor, era por decirlo así, el núcleo de los trabajos. Buscóse tal cual tiple ó tal cual tenor, que acertaban á ser mejores ó peores, segun el acaso los ofrecia; pero habia allí un actor de gracia, de despejo, de movilidad; un actor querido del público en fin. Este era el Sr. Caltañazor. No era cantante, pero eso importaba poco. Fué preciso dar un nombre á lo que aquel representaba en música, y se convino en bautizarlo con el de tenor cómico, supliendo lo que de lo segundo tenia por lo que pudiera faltarle de lo primero.

Ahora bien, como las zarzuelas se escribian en Madrid á la medida de quienes las habian de cantar, no hubo ninguna sin su tenor cómico obligado; de donde resultaba que al organizarse las compañías para las provincias, se hacia forzoso, ó renunciar á aquellas zarzuelas, lo que era imposible, ó buscar esa indefinible cosa á la que se habia dado en llamar como va dicho; personaje que en rigor no tenia necesidad alguna de saber ni de poder cantar: bastábale con hacer quiebros, piruetas y garambainas, y con dar muchas carreras en pelo por aquel tablado.

De aquí se desprende que estando escrita la parte de bufo en las óperas italianas de este género para una voz de bajo, han de perder por fuerza desempeñadas por un tenor, dado caso de que lo sea en efecto quien haya de cantar aquella parte; cosa que no pasa de un mero supuesto.

Aplíquese lo dicho á la ópera en cuestion, y ya se comprenderá el por qué echábamos de ver la diferencia en algunas piezas de lo que antes habíamos oido, comparado con lo que

oíamos ahora. Era una voz escrita para otra cuerda.

Eso, el haber perdido los estribos el Sr. Rizzo en su cabatina de salida, así como el haber perdido la brújula la Sra. Giordano en el quinteto, estuvieron á punto de comprometer el éxito de la ópera durante una parte de sus dos primeros actos; pero el magnífico final del segundo, mas regularmente cantado, y las pocas piezas del tercero, donde ya habia entrado la calma, enderezaron el carro, y la ópera acabó por ser aplaudida, haciéndose repetir algo de ella.

Si en las sucesivas representaciones hay, como esperamos, mas afinacion y mas seguridad, esta preciosa obra llegará á gustar quizá casi tanto como gustó algun dia.

La traduccion es buena. El Sr. Sanchez del Arco no debia haber hecho una cosa de municion, y no la ha hecho en efecto. Cuando acabe de publicarse, como se está haciendo en *El Constitucional*, podremos juzgarla con harta mayor copia de datos que los que proporciona la rapidez de una representacion, y entonces esperamos hacerlo.

El deseo de que no se cambiase la escena á la vista, como en el original se verifica durante los actos, ha hecho que dicho Sr. suponga en los dos primeros dividido el escenario en dos partes, calle y casa, y esta en otras dos, alto y bajo. No sabemos si el remedio ha sido ó nó peor que la enfermedad, porque esta division, tras de ser imposible el conservarla en escenas de mucha gente, como sucede en el final del acto segundo, ofrece inconvenientes graves como el de que la mitad por lo menos del público no ve nada de lo que se hace en la mitad opuesta del escenario; el de que las divisiones que en él resultan aparecen mezquinas, á modo de jaulas, é insuficientes para colocar en ellas un coro numeroso, cual el del acto primero, en el que no es posible juego escénico; y en fin, el de que mientras aquellas escenas tienen lugar arriba, abajo Sempronio y Lucrecia aparecen en inaccion completa, y como esperando á que les toque su vez.

Todo lo que hemos dicho del acto primero, lo decimos con mayor motivo del segundo, donde solo pudiera haber un cambio de decoracion; cosa que no merecia la pena.

Comprendemos que para oviar el gravísimo mal de cinco ó seis cambios de escena á la vista, el Sr. Sanchez del Arco haya procurado arbitrar un medio, cuyos inconvenientes no podia menos de conocer, pero que sin duda creyó preferibles al que trataba de remediar. Es muy posible que á nosotros mismos nos

hubiese fascinado *á priori* su idea; pero después de haber visto el resultado, no hemos podido dejar de conocer que mal por mal mas valiera haberlo dejado como se estaba.

Un consejo al Sr. Crescy, que es persona que los aprecia y hace caso de ellos; cosa rara en los artistas.

Ni aquella es su edad, ni aquel su carácter. Se ha aviejado mucho y hace su voz trémula. No es así, puesto que él mismo dice que es de *media edad*. En cuanto á su carácter es el de un hombre alegrote, de tan buena pasta como buenos mofletes, y siempre con la risa en los labios. Vea su papel, y conocerá que es así.

Los coros estuvieron escelentes. A haber estado así todas las partes principales, nada habría habido que pedir á la ópera.

La concurrencia muy numerosa. El vestuario y exorno buenos.

En lo alto del tornavoz aparecia colgado el trapecio para los hermanos Mariani, que debian trabajar dos noches después. No hacia la mejor visualidad que digamos. Gracias á que en el teatro hay poquísima luz, y le conviene, porque los delanteros de los palcos están como la cara de un convaleciente de viruelas.

Para el Balon nos falta espacio hoy. Quedará para otro dia.

Terminarémolos con un par de noticias que se refieren á teatros.

La Srta. Hernandez, tan favorecida del público gaditano, cuyos aplausos le acaba de renovar en *Las Ventas de Cárdenas* donde tantas coronas y tantas flores alcanzó, ha partido para Córdoba con una ventajosa contrata. Lo celebramos mucho, porque lo merece por su aplicacion, docilidad y buen deseo.

Segunda. La Sra. Doña Margarita François de Izaguirre, dama de talento reconocido, escribió hace algun tiempo la letra de una zarzuela que llevaba por título *El Sol de Salamanca*, y á cuyo mérito literario hizo entonces justicia el público. Sabemos que este mismo argumento ha sido puesto en música recientemente por D. César Ferrocchi, y es de creer que la empresa desee aumentar su repertorio con una produccion nueva, que á mas del valor que tenga en sí, poseerá la ventaja que habrá de ofrecerle el interés de haber sido escrita la letra por una señora gaditana y la música por un profesor que tambien reside en esta ciudad.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

Las bellas emigrantes y los felices ociosos, esas golondrinas de invierno, comienzan á volver, y París recibe misericordiosamente á todos estos hijos pródigos que le abandonan cada año para correr por esos campos, pero cuya inconstancia acaba con la estacion de las vendimias.

Como acontece en el renuevo de las estaciones, la moda se despierta coqueta, rozagante, caprichosa, y se reviste de mil diversos atavíos, buscando bajo todas las formas cuales serán los medios de seduccion mas poderosos: después pronuncia sus supremos fallos, que nosotros adoptamos como súbditos fieles consagrados á respetar sus menores caprichos.

Entre los objetos de su predileccion particular, citaremos las telas nuevas de la casa Gallois-Gignoux. Su suntuosidad, el supremo buen gusto cuyo sello llevan, les hacen llamar la atencion desde el punto en que aparecen.

Ya he hablado largamente de las telas de lana y de los tejidos de capricho para confianza y medio tono; pero han llegado nuevos surtidos á la citada casa Gallois-Gignoux, y voy á señalar algunos: terciopelos *mosaicos*, fondo gró azul ú otro color, sembrados de florecillas de un encantador efecto; el tegido *bengali* satinado á cuadros; muchos terciopelos picados lisos, que estarán, segun se dice, muy de moda para vestido de interior ó de media gala.

No debo pasar en silencio una bata de casa de un género fuera de lo comun.

Es de cachemira, fondo liso azul celeste. Cinco magníficas galerías representando un dibujo de la India, rodean la parte inferior de la saya; dos bandas destacándose de las otras, suben hasta lo alto del corpiño. Una pequeña basquiña completa este delicioso trage de interior. Esta basquiña tiene mangas anchas; forma vueltas de chal sobre el pecho, y él deja ver el corpiño de la bata.

Volvamos á las confecciones, porque no he dicho todo de ellas.

La pelliza *María Estuardo*, en raso negro. Y aquí abro un paréntesis para anunciaros que el raso se llevará mucho este invierno, no solo para pellizas, sino aun para trages.

El modelo de que os hablo es de mangas flotantes, y guarnecido de pasamanería con azabaches.

Viene en seguida el *manto breton*, gracioso modelo que ha alcanzado tanto éxito este verano en tafetan, y que se ha debido para el invierno rehacer en terciopelo.

La *capa-toquilla*, con bordados de azabache.

La pelliza *Maintenon*, en terciopelo con cachuchon de guipure. Estoy cierta de que no tenia otra tan bella como esta la devota compañera de Luis XIV.

En fin, todavia os citaré, entre todos estos encantadores caprichos que encadenan y cautivan las miradas, dos *albornos-pellizas*, ante los cuales me he estasiado.

El primero de estos modelos es de terciopelo escocés; el segundo en terciopelo á grandes cuadros verde y azul.

La forma de los sombreros está bien definida:

Permanecen abiertos hácia las mejillas y avanzan algo mas sobre la frente. El bavolet se compone, como antes, de una banda recta, y se monta á pliegues dobles. Cae razonablemente hácia la espalda.

Alejandrina se ha sobrepujado á sí misma en gracia y en elegancia en todas sus nuevas creaciones. Citaré de ella un sombrero en terciopelo real blanco y terciopelo liso granate. A cada lado tenia un ramo de plumas de los dos colores, granate y blanco. En el borde del ala, una blonda blanca se revolvía yéndose á perder en el bavolet. Bajo el ala, un bandó de terciopelo trenzado, y á la izquierda dos pequeñas cabezas de plumas.

Otro sombrero en crespon blanco, cubierto de tul negro de fondo sembrado. El ala y el bavolet eran de terciopelo rosa de China. A la izquierda de la copa se veian dos ramos de capullos de rosa. A la derecha, sobre la oreja, uno solo. En el interior, en medio de la frente, un lazo de encaje negro se anudaba con capullos de rosa.

Otro modelo, muy elegante, era de terciopelo real blanco, y adornado de plumas blancas. Bajo el ala una diadema de flores en terciopelo punzó.

Los prendidos de suaré se componen siempre de terciopelo y plumas, ó terciopelo y flores, con blonda y lazo de cabos flotantes.

Las coronas para peinados serán todavia voluminosas hácia uno y otro lado.

No se abandonan las ramas cayendo sobre el cuello, y que le adornan con una gracia infinita.

Mr. Duteis ha hecho fabricar cadenas de flores en armonía con los peinados, para guarnecer las sayas y corpiños de los trages de baile.

Segun lo que hemos visto en casa de Mlle. Richards, casa de alta fama como modista, se llevaran todavia volantes y dobles faldas.

Las cintas escocesas estarán ciertamente muy de moda, pero he visto cintas con listas

de raso en colores claros, para equipos de noche, cuyo éxito no será dudoso.

En todas partes hemos oido celebrar los corsés plásticos de la casa Bonvalet, que son esencialmente higiénicos y se recomiendan por cualidades preciosas. Ellos estrechan en efecto el talle y le dan gracia y elegancia, sin causar mas molestia que si nada llevase.

Las máquinas para coser acaban de enriquecerse con un perfeccionamiento nuevo, debido á M. Cabellant, constructor de dichas máquinas. Parece que el anterior sistema presentaba dificultades en su aplicacion á la lencería fina.

Concluyo diciéndoos algo del *Agua de la Florida*, de que oigo hablar en todas partes, y que, sin preparacion de ninguna especie, vuelve á los cabellos su color natural. Mr. Guislain es quien la posee.

Cuentan que este agua, no es un tinte, sino un agua pura, que brota de una fuente preciosa allá en las Indias. Nada tiene, por tanto, que ver con ella la industria del hombre. Es auténtica, porque de la Florida misma se la remiten via recta á M. Guislain, que es el único depositario.

MME. JULIETTE LORMEAU.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Sobretudo Isabela de terciopelo negro con esclavina, adornado de ricos embutidos de guipure y abalorios, y un gran fleco de seda mezclado de dichos abalorios. Vestido de moiré antique gris. Sombrero de terciopelo blanco con un ramo de plumas rizadas: debajo del ala bandó de rosas. Mangas blancas con entredoses bordados.

SEGUNDO FIGURIN.

Abrigo Pamela de terciopelo negro con adornos de seda floja mezclada de abalorios. Sombrero de terciopelo negro adornado de encajes y flores de terciopelo. Vestido de pelina verde.

TERCER FIGURIN.

Capa María Luisa (para salir del teatro) de saten blanco con listas de terciopelo escocés. Vestido de tul con doble falda: la primera con

buches salpicados de flores, y la segunda rodeada de un plegado de cintas y cojidas á la derecha por un ramo de flores. En la cabeza adorno de flores.

CUARTO FIGURIN.

Sobretudo Emilia de paño aterciopelado gris con guarniciones y borlas de pasamanería. Vestido de terciopelo escocés labrado. Sombrero de terciopelo de dos tintas, adornado de flores de terciopelo guinda y dobles cabos, unos de cintas y otros de encaje negro. Mangas blancas de buches con volantes de encaje.

QUINTO FIGURIN.

Manton español de terciopelo negro guarnecido de guipure de Venecia y ricos encajes. Vestido negro con dos volantes tejidos á listas de terciopelo. Sombrero de crespon azul cielo con adornos de terciopelo del mismo color, y bajo del ala bandó de terciopelo trenzado. Cuello de encaje.

SESTO FIGURIN.

Manton Pompadour de terciopelo azul Prusia guarnecido con tiras de terciopelo escocés azul y verde: pequeña toquilla con el mismo adorno y fleco de dichos colores y borlas de seda. Vestido de gró negro con doble enagua. Sombrero de terciopelo azul de Prusia con adorno de terciopelo escocés verde y azul: al rededor de la copa, guirnalda de hojas de encina formadas de terciopelo mezcladas de yerbas largas.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

Cuarta parte de un dibujo para Amito comprendida en los números 1 á 5.—Se borda al pasado, punto de escala, lunares y calados.

- N. 1 Guardilla.
 2 y 3 Esquinas, las cuales se duplican en las otras poniéndolas encontradas.
 4 Guardilla del centro.
 5 Centro.
 6 y 7 Cuello y puño: bordado ligero.
 8 y 9 Guarniciones para envoltura, peinador, camisa, enagua blanca &c.: feston y ojetes.
 10 y 11 Capillo: feston y ojetes.
 12 Embutido: id. id.

- 13 Esquina para pañuelo: al pasado, feston, calados y ojetes ó lunares.
 14 Guarnicion: al pasado y ojetes.
 15 Embutido: id. y bordado ligero.
 16 Guarnicion: id.
 17 Id.: id. y calados.
 18 Pañuelo: id., feston y punto de rosa.
 19 Escudo L. C.: id. y bordado ligero.
 20 Guarnicion: id. ó feston.
 21 E. B.: id.
 22 M. L.: id.
 23 P. R.: id.
 24 Dolores: id.
 25 J. B.: id.
 26 S. F.: id. y bordado ligero.
 27 José: id.
 28 S. C. ligadas: id.
 29 Alfabeto gótico: id.

SOBRETUDO LAMBALLE PARA NIÑA DE 11 Á 12 AÑOS.

- N. 1 Delantero.
 2 Espalda.
 3 Manga.
 4 Esclavina.
 5 Pedazo que se une al delantero y á la espalda por el hombro, el cual queda cubierto con la esclavina.
 6 Conjunto del sobretodo.
 7 Guarnicion: ojetes ó chicharos.
 8 Embutido: al pasado.
 9 Id.: id. y calados.
 10 María: id. rico.
 11 M. F.: id. y bordado ligero.
 12 Rafaela: id. rico.
 13 J. Walter: id.
 14 M. Q.: id. rico.
 15 Micaela de Vargas—Machuca de Bonany: al pasado.
 16 Esquina de pañuelo A. M.: al pasado, ojetes ó lunares y calados.
 17 C. F. G.: al pasado.
 18 C. Q. S.: id.
 19 J. G.: id.
 20 A. G. U.: id.
 21 A. Q. S.: id.
 22 P. G. U.: id.

CORRESPONDENCIA.

Sr. Don P. J. G.: Palma.—El dia 24 se le han remitido los patrones número 2 y 6, y el pliego 23 que pide para uno de los suscritores de esa. En el pa-

tron correspondiente al mes de Enero próximo se estampará el nombre que desea. Queda tomada nota de las dos nuevas suscripciones que avisa en la suya del 15.

Sra. D^a S. M. N.: *Pontevedra*.—El día 20 se le han duplicado los números publicados desde 1^o de Octubre, dirigiéndolos á su señora madre. No puede hacerse á los suscritores por un año la rebaja que V. solicita.

Sra. D^a C. R.: *Utrera*.—Se recibieron los sellos para pago de su suscripción hasta fin de Diciembre.

Sra. D^a D. F. de L.: *Córdoba*.—Queda V. suscrita por 3 meses desde 1^o del actual. Los números publicados se le han remitido el día 24.

Sr. Don F. R. A.: *Ceuta*.—Suscrito hasta fin de Diciembre. Los números publicados se le han remitido el día 25.

Sra. de S.: *Toledo*.—Por un aviso que hemos recibido del corresponsal de esa el día 26, se ha tomado nota de su suscripción por tres meses desde 1^o del actual. Este mismo día se le han remitido los números publicados.

Sra. D^a M. del R. V.: *Uldecona*.—Queda V. suscrita por 3 meses desde 1^o de Noviembre. Las obras de regalo puede V. recibirlas por correos. Los números publicados se le remitieron el día 27.

ADVERTENCIA.

El vapor *Balear* consta que fué despachado en Barcelona el 17 del que rige. Debe por tanto llegar á esta antes de la salida del número actual. Si por consecuencia del temporal reinante no sucede así, se repartirá el cuaderno con el patron solamente, dando los figurines tan pronto como estén en nuestro poder. Si, según esperamos, llegan á tiempo, se distribuirán aquellos con el presente.

Los Sres. suscritores cuyo abono termina en 30 del presente que no quieran sufrir retraso en el recibo de sus números, deberán renovar su suscripción por medio de los comisionados respectivos o remitiendo sellos de franqueo o libranzas de tesorería.

SUMARIO.—*La mujer, estudios morales*, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco, segunda serie.—*Cárlos el de Lavapiés*, y *Melancolía*, por D. Antonio de Trueba.—*Nuevo manual de señoritas*.—*Las siete virtudes capitales*, por Doña Robustiana Armijo de Cuesta.—*Revista de Madrid*.—Que-

rer es poder, por D. Fernando Martínez Pedrosa.—*Canto épico. A la batalla de las Navas de Tolosa*, por D. Juan Miguel de Arrambide.—*Rugier de Lauriga*, novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo.—*Teatro Principal*, por D. Francisco Flores Arenas.—*Modas de París*, por Mme. Juliette Lormeau.—*Esplicacion del figurin de modas de señoras*.—*Id. de las hojas dobles de patrones y bordados*.—*Correspondencia*.—*Geroglífico*.

LAMINAS.—*Figurin doble para vestidos de señoras*.—*Hoja doble de patrones y bordados*.—*Dibujo de tapicería en colores*.

Solucion del geroglífico anterior.

Quien de vidrio tiene el tejado, no lance piedras al de su vecino.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

